

CRISTIANDAD

No deje de leer en este número:

VALOR INFINITO DE LA MISA Y LA CELEBRACION COTIDIANA DE MISAS POR LA PACIFICACION DEL MUNDO

Por Fr. Reginaldo Garrigou-Lagrange, O. P.

**UNAS NOTAS HISTORICAS A PROPOSITO DE LA CARTA DE S. S. PIO XII
A TODOS LOS PUEBLOS DE RUSIA**

Y en la separata de Documentos Pontificios:

EL DISCURSO en que el Papa da la consigna que **CRISTIANDAD** se propone secundar en 1953 -- **A LOS HOMBRES DE ACCION CATOLICA ITALIANA**, de 12 de noviembre último.

DISCURSO AL XXVII CONGRESO DE ESTOMATOLOGIA

y el **DISCURSO SOBRE EL SENTIDO CRISTIANO DE LA GIMNASIA Y EL DEPORTE**

BARCELONA
Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22 24 46

CRISTIANDAD
REVISTA QUINCENAL

MADRID
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

Precios de suscripción : **ORDINARIA 150 pesetas**
ESPECIAL reducida . 100 pesetas

PLAZOS: Trimestral, semestral o anual
Para los Sres. Sacerdotes, reducción sobre la cuota mínima

PREPARE PARA FIN DE AÑO LA ENCUADERNACION DE
CRISTIANDAD

del año 1952, y de su

SEPARATA
DE
DOCUMENTOS PONTIFICIOS

Precio total y conjunto de ambas encuadernaciones 36 Ptas.



LA SOBERANIA SOCIAL
DE JESUCRISTO

del P. Enrique Ramière, S. I.

En dicha obra, numerosos capítulos establecen la tesis de la realeza social de Cristo. Con esta larga exposición teológica, el autor estima, no precisamente desbordar la cuestión liberal, sino dominarla y resolverla, según principios que sean indiscutibles entre cristianos.

Puesto que el designio incontestable de Dios es que su hijo reine, ¿por qué no trabajar por este Reino? ¿Por qué no insistir sin cesar en que fuera de esta realeza divina, las naciones están condenadas a conmociones incesantes, a la decadencia de las costumbres y al caos intelectual?

Pida a su librero habitual la importante obra del
P. Enrique Ramière, S. I.

LA SOBERANIA SOCIAL DE JESUCRISTO

PUBLICACIONES CRISTIANDAD, Diputación, 302, 2.º, 1.º

BARCELONA

Precio de este ejemplar: 7,50 Ptas.

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO POR LA
DEVOCION A LOS SAGRADOS
CORAZONES DE JESVS Y MARIA

SUMARIO

EDITORIAL:

El problema de la unidad del mundo. La Misa de la Cristiandad, por J. B. B. (pág. 409).

PLURA UT UNUM:

Valor infinito del sacrificio de la Misa y la celebración cotidiana de Misas por la pacificación del Mundo, por Fr. Reginaldo Garrigou-Lagrange, O. P., Profesor del Angélico (págs. 411 a 414).

Unas notas históricas a propósito de la Carta de S. S. Pío XII a todos los pueblos de Rusia. Gestación del Cisma, por Angel J. Martín Duque (págs. 415 a 417).

Del Cisma al comunismo, por Pablo López Castellote (págs. 417 a 419).

EL BIELDO Y LA CRIBA:

Unión europea y Cristiandad - Europeísmo y nacionalismo, por José M.ª García Escudero (págs. 420 y 421).

DE ACTUALIDAD:

De la quincena religiosa, por Himmanu-Hel (págs. 422 y 423).

De la quincena política, por Shehar Yashub (págs. 423 y 424).

ANEXOS:

Discurso de S. S. el Papa a la multitud de hombres de Acción Católica Italiana, reunida para celebrar el trigésimo aniversario de su Unión. - Discurso de S. S. a un grupo de alcaldes de la Baja Austria, peregrinos en Roma. - Discurso dirigido por el Santo Padre a los asistentes al XXVII Congreso Italiano de Estomatología y a la Primera Trienal Internacional de Prótesis Dentaria. - Carta de S. S. en el 25 aniversario del episcopado de Monseñor Valeri. - Salutación de S. S. el Papa a los participantes en el XIII Congreso Mundial de los «Skäl Clubs», asociación mundial de todos los dirigentes del Turismo. - Carta de S. S. en el 50º aniversario del sacerdocio del Cardenal Copello. - Discurso de S. S. el Papa a los asistentes al Congreso Científico Nacional de Gimnasia y Deportes. - Discurso del Santo Padre al Pontificio Colegio Ucraniano de San Josafat. - Discurso de S. S. el Papa a un grupo de señoritas adheridas al Movimiento de las «Oasis».



El problema de la unidad del Mundo

La Misa de la Cristiandad

Desde la fiesta de Pentecostés de 1948 viene celebrándose a diario en la Basílica de San Pedro, de Roma, una Misa por la **pacificación del Mundo**.

La iniciativa de este acto, emocionante en su sencillez, correspondió al propio Romano Pontífice, que sufragó, por tiempo de dos años, esta Misa cotidiana.

Mas al punto, diversas naciones, y España entre las primeras, se apresuraron a mandar sus donativos. En el momento presente, la celebración de esta Misa está asegurada por diez años, y el deseo del Sumo Pontífice sería el establecimiento de una fundación que garantizase su perpetuidad.

Esta Misa del Papa y de las Naciones por la paz del Mundo bien merece llamarse la **Misa de la Cristiandad**, como dice en el artículo que publicamos el P. Garrigou-Lagrange.

Ella constituye una muda protesta de las aspiraciones de la Iglesia a ver reconocida su **supranacionalidad**; a que se le permita ejercer el divino oficio de su maternidad sobre toda nación y Reino. Al propio tiempo, sin embargo, proclama elocuentemente la **naturaleza** de esta supremacía reivindicada por Ella a la vez como un derecho irrenunciable y como la única garantía para el Mundo de aquella **unidad espiritual** que es condición de la paz. En efecto: junto al altar en que se celebra el Sacrificio eucarístico mal pueden imputarse a la Iglesia ambiciones de poder temporal, antes bien aparece claramente que su pretensión se funda tan sólo en la elevación de los misterios que le han sido confiados.

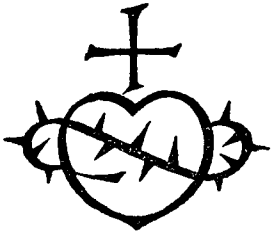
Porque la acción de la Iglesia por la unidad **espiritual** del Mundo es ante todo una acción **sobrenatural**. Con frecuencia se confunden estos dos órdenes. Se llama sobrenatural toda referencia a Dios, todo poner el destino humano más allá de este Mundo, por afirmar vgr. la espiritualidad del alma. Con ello se va a parar, en definitiva, a una desvaloración del orden sobrenatural, que no aparece en su excelcitud y sublimidad divinas: porque las urgencias y necesidades de este Mundo - contrapuestas a la vida sobrenatural en lugar de estar penetradas por ella - lo arrojan fuera del campo de nuestra atención.

De aquí, también, la equiparación de la acción de la Iglesia - única depositaria de la Verdad y de la virtud de Cristo - con la de otras sociedades o cultos que fomentarán tal vez la virtud, la concordia, la renuncia, e incluso el recogimiento interior; pero que **no poseen en propio la gracia sobrenatural de Cristo** por la que participan de su filiación, de su naturaleza divina, en la unidad sobrenatural de un mismo Cuerpo del que Aquel es Cabeza.

Esta unidad tiene su expresión principal en la Misa; de aquí su eficacia para procurarla también al Mundo. Esta eficacia, nos explica el P. Garrigou-Lagrange, es, de sí, infinita, no obstante sus efectos en nosotros están limitados por nuestras disposiciones. Ahora bien: cada día se multiplican los obstáculos para la paz y la unidad verdaderas del Mundo: es muy conveniente, pues, que se celebre diariamente una Misa para que estos obstáculos se superen. Dado, además, que la perseverancia es la condición de toda oración buena.

Recordemos de paso, como una intención especial de esta Misa de la Cristiandad la conversión de Rusia. Y como una razón especial de esperarla, a pesar de los obstáculos, humanamente insuperables, que a ella se oponen, la tradicional piedad y devoción de este pueblo desgraciado hacia la Virgen María, Madre de Dios.

J. B. B.



«Adveniat Regnum Tuum»

DICIEMBRE

El alivio de la miseria de prófugos y desterrados

La existencia de prófugos y desterrados no es una novedad en la historia del género humano. Muchísimas veces oleadas de exilados han sido arrojados de unos países a otros. Pero tal vez nunca ha crecido tanto como ahora el número de los que han tenido que abandonar su patria y sus casas. La suerte de los prófugos crea un problema cuya solución interesa a todas las naciones. Es un problema tan urgente y al mismo tiempo tan difícil de resolver, que preocupa a todos los hombres, especialmente a los cristianos.

I. LA MISERIA DE LOS PROFUGOS Y DESTERRADOS

Dejando aparte los huídos al extranjero por ser reos de delitos comunes, hay otros muchos que están en el exilio por motivos puramente políticos. Se ha cometido una injusticia grandísima contra éstos, ya que se han visto en la precisión de abandonar su patria, sus casas, sus familias y amigos por el solo hecho de haber querido hacer uso de su derecho, es decir, del derecho a confesar su fe, a expresar su opinión, a vivir conforme a sus ideas, a educar a sus hijos, etc. Además de haberles prohibido el ejercicio de estos derechos fundamentales de la persona humana, se ha cometido la enorme injusticia de arrojarlos de su patria o someterlos a tales condiciones de vida que moralmente se les obligó a huir para evitar mayores males. Y muchísimas veces estas expulsiones se han llevado a cabo con crueles ultrajes y vejaciones, hasta el punto de que personas gravemente heridas o enfermas han tenido que emigrar al destierro después de haber sido despojadas de todos sus bienes.

II. PROBLEMA URGENTE

El problema de prófugos y desterrados hay que resolverlo cuanto antes:

a) En bien de los mismos prófugos. — Porque se hallan en tan extrema miseria que ofende a la dignidad de la persona humana. No son dueños de nada, carecen de vestidos, de dinero, de habitaciones. Toda su existencia se ha destruido y apenas si tienen esperanza de mejorar las condiciones de vida. Esta miseria constituye un grandísimo peligro para sus costumbres y aun para su índole. Esta indignancia es una tentación continua contra la fe, contra la religión, contra la moralidad sexual, contra la caridad. Virtud heroica se requiere para que lleve vida buena el que se halla en tales circunstancias.

b) En bien de los países donde se han refugiado los prófugos. — La inundación de prófugos es una carga pesadísima para las naciones que los recibieron. Con mucha frecuencia estos países tienen exceso de población; muchos

súbditos suyos se hallan en paro forzoso por falta de trabajo. Hay que mantener, vestir y alojar a los prófugos a costa del erario público. A veces constituyen los refugiados un verdadero peligro político, ya porque acuciados por la miseria se pliegan a las instigaciones de los comunistas, ya porque los Gobiernos de las naciones de donde proceden los exilados presionan a los de las naciones que los acogieron, y aun llegan a perjudicarles todo lo que pueden.

III. PROBLEMA MUY DIFÍCIL DE RESOLVERSE

a) Por el gran número de prófugos, que actualmente son unos cincuenta millones.

b) Por las difíciles circunstancias de cada una de las personas; ya que no se trata solamente de darles alimento y vestido sino la manera de reorganizar su existencia.

c) Por la carencia de medios.

d) Porque los organismos que se ocupan de solucionar este problema tienen que atar muchos cabos y para ello proceder con prudente lentitud, mientras que la miseria de los desterrados requiere urgente auxilio.

e) Porque este problema no se puede resolver suficientemente sino con una estrecha colaboración internacional.

f) Porque hay que superar muchos impedimentos psicológicos, que son fáciles de comprender, pero que de hecho dificultan mucho la solución, por ejemplo, las mutuas desconfianzas y suspicacias, el carácter de los prófugos amargados por la dura miseria, las desafortunadas tentativas que se han hecho, etc.

g) Porque no hay una legislación internacional completa que trate de la asimilación de los exilados en otras comunidades; por el contrario, hay muchas legislaciones que prohíben admitirlos en la vida económica y cultural del territorio que los ha recibido.

IV. LO QUE PODEMOS Y DEBEMOS HACER

Ante todo, este problema debe resolverse por organizaciones internacionales. Pero es tan grande y tan urgente la miseria, que cada cual debe aportar su apoyo en conformidad con sus medios. Debe contribuir con su acción, con su consejo, con sus palabras de consuelo, de suerte que preste a los infelices desterrados auxilio material y moral.

Pero no es menos necesario el auxilio de la oración. Porque por muy grande que sea la miseria material de los prófugos, muchísimas veces es mayor su miseria moral. Motivo tenemos, pues, para pedir al Señor que les dé la gracia necesaria para resistir a las innumerables ocasiones de pecado y llevar su cruz con fruto, y que prepare los medios y el camino de auxiliarles.

EL VALOR INFINITO DEL SACRIFICIO DE LA MISA Y LA CELEBRACION COTIDIANA DE MISAS POR LA PACIFICACION DEL MUNDO

Ante la confusión y peligros del mundo



MINENCIAS, Excelencias, amados oyentes:

Es para mí un honor muy grande el haber sido invitado a dar la presente lección en este Congreso Eucarístico Internacional y en esta católica España que tanto ha trabajado por la propagación y la defensa de la fe en medio de las más grandes dificultades. No ha mucho, después de las ho-

ras más trágicas, todavía alcanzó España una *victoria de la fe* que trae a la memoria los nombres más ilustres de sus mártires, de sus confesores, de sus doctores y de sus grandes místicos cuyas obras siguen derramando en toda la Iglesia la más segura y elevada doctrina espiritual.

Hoy día, tras de las dos grandes guerras mundiales, y ante el peligro de una tercera, existe una enorme confusión en los espíritus que no están ya suficientemente sostenidos por las certidumbres de la fe cristiana y de la confianza en Dios.

Por esto, las almas más espirituales sienten la necesidad de la oración, e incluso de una ardiente súplica por la pacificación del mundo, uno de los fines principales de este Congreso Eucarístico Internacional.

La fe nos dice que la Providencia sólo permite el mal para conseguir un bien superior, y San Pablo advierte, incluso, que "*para los que aman a Dios todo concurre al bien*". Lo mismo ocurre con aquellos que aman a Dios hasta el fin (Rom. VIII, 28). Cuando sobrevienen grandes pruebas, recuerdan que Dios las permite solamente para un bien mayor, y muy a menudo hace Él que las presientan, para que puedan cooperar a este bien. Es lo que se ve hoy día en Polonia, Checoslovaquia y otros países que sufren persecución.

Y por lo mismo, hoy día, en presencia de los males actuales, debemos cooperar al bien superior querido por la Providencia y cooperar a él en la medida que ella quiere para cada uno de nosotros, es decir, con el cumplimiento de nuestros deberes de estado y de nuestros deberes religiosos, con la plegaria, el mérito y la reparación.

Hay muchos bienes superiores que no pueden ser merecidos, pero que pueden ser obtenidos por la oración, que se dirige, no a la justicia divina, sino a la infinita misericordia. Así ocurre con la gracia de la buena muerte, o de la perseverancia final, que no puede ser merecida porque ella es el principio mismo del mérito (el estado de gracia), conservado en nosotros por Dios en el instante de la muerte. El principio del mérito no puede ser merecido, *principium meriti non cadit sub merito*, pero puede ser obtenido por la oración y cada día pedimos muchas veces esta gracia de la buena muerte, en la segunda parte del Avemaría. Por ello, cuando en una familia hay un gran pecador cuya salvación es muy incierta, es necesario, para obtenerle la gracia de una buena muerte, recurrir a la mayor de todas las oraciones que es la de Cristo Redentor, principal sacerdote del Sacrificio de la Misa. Así, Su Santidad Benedicto XV, al instituir la Archicofradía de la buena muerte, exhortaba a los fieles para obtener la extraordinaria gracia de la perseverancia final, a que hi-

ciesen celebrar misas, o sea a que recurriesen a la intercesión del Salvador que es el alma del sacrificio eucarístico.

Ahora bien, *la pacificación del mundo* es una gracia general que parece rebasar nuestros méritos individuales. Pero si no es, hablando con propiedad, el objeto de nuestros méritos, puede ser obtenida por la oración, por la súplica, humilde, confiada, perseverante de muchos cristianos reunidos para pedir a la infinita misericordia que se muestre propicia a nosotros. Recuérdese la oración de los profetas cuando Dios enviaba grandes castigos al pueblo elegido. El profeta decía: "Señor, estos castigos los tenemos muy merecidos, mas por la gloria de vuestro nombre, tened misericordia, perdonadnos" (cf. Daniel, III, 29, 42). Esta oración prevista y querida por Dios, Él era quien la inspiraba al profeta, para escucharle seguidamente.

Además, para obtener esta gracia de la pacificación del mundo, hay que recurrir a la oración suprema, a la gran intercesión de Cristo Redentor, que persiste siempre en el Sacrificio de la Misa, de la que es Él sacerdote principal. La bondad de Dios nos ha concedido el insigne beneficio de poder aplicar el valor infinito de la Misa a tal intención determinada, y ¿hay alguna, en la hora actual, más urgente para todos los pueblos que podrían volver a entrar en conflicto mañana mismo? Si Dios, por causa de la impiedad sembrada por el mundo le retirara su bendición, sería terrible. De todo corazón es, pues, necesario pedir la bendición divina sobre los pueblos, a fin de que éstos se unan finalmente bajo la ley y el amor del Cristo Redentor.

Por ello, en esta conferencia, quisiera recordar la doctrina del valor infinito del Sacrificio de la Misa, en méritos sobre todo del sacerdote principal que la ofrece, y quisiera hablaros al propio tiempo de la celebración de las Misas que se dicen cada día en San Pedro de Roma por la paz del mundo.

Valor infinito de la misa

Se enseña comúnmente en la Iglesia que el Sacrificio de la Misa, *considerado en sí mismo*, tiene un valor infinito en razón del precio de la víctima ofrecida y de la dignidad sin medida del Sacerdote principal que la ofrece. Más explícitamente: el Sacrificio de la Misa en sí mismo tiene un valor infinito intensivo y extensivo, o sea que basta para producir efectos más y más perfectos y extensos.

La principal razón de este aserto, según los tomistas y muchos otros teólogos, es que el *Sacrificio de la Misa es substancialmente el mismo que el de la Cruz*. Pues bien, este último ha tenido, ciertamente, un valor infinito, sobreabundante, *suficiente* con exceso para la salvación de los hombres y eficaz en todos aquellos que no le resisten.

Otra cosa hay que añadir: los efectos de la Misa, que son *inmediatamente relativos a Dios* y que son *independientes de nuestra cooperación*, como la adoración y la acción de gracias de Cristo, sacerdote principal, no están *en manera alguna limitados* por nuestras *disposiciones* subjetivas. Mas el efecto *impetratorio* y *propiciatorio* de la Misa, producido *en nosotros*, es *siempre finito*, en razón de los límites de la criatura racional y de los límites, también, de nuestras disposiciones, es decir, de nuestra

fe, de nuestra confianza, de nuestra devoción. De igual modo, dice Santo Tomás, se recibe tanto más calor de un hogar en la medida que uno se aproxima más a él.

Para entender bien esta distinción entre el valor de ese sacrificio considerado en sí mismo y relativamente a nosotros, es necesario recordar este principio enunciado varias veces por Santo Tomás: *la influencia de una causa universal*, por ejemplo, del sol que nos ilumina, está sólo limitada por la capacidad de los sujetos que la reciben. Así, el sol ilumina y calienta en un lugar determinado lo mismo a diez mil personas que a una sola; basta que cada una pueda recibir sin obstáculo la luz y el calor solar.

Pues bien, el Sacrificio de la Misa es una causa universal de gracia que nos aplica los frutos sobreabundantes del Sacrificio de la Cruz, y cuya influencia sólo está limitada por la capacidad o la disposición de los sujetos que la reciben. Una misa celebrada antes de una batalla para 10.000 soldados, puede ser tan provechosa para ellos como si fuesen sólo tres o cuatro los asistentes. Una misa celebrada el domingo para todos los fieles de una parroquia es tan provechosa para ellos si son 50.000 como si su número es mínimo. La influencia de la misa es sólo limitada por las disposiciones de los sujetos sobre quienes recae.

Esto es cierto incluso respecto de las almas del purgatorio: que reciben los efectos de la misa de una manera proporcionada a las disposiciones más o menos buenas que tenían en el momento de la muerte. Y por consiguiente, aunque la misa tiene en sí un valor sin límites, conviene celebrar varias misas para la remisión de un alma del purgatorio.

Además quede establecido que en sí el Sacrificio de la Misa tiene un valor infinito ya en razón de la víctima sacramentalmente inmolada, ya en razón del sacerdote principal que la ofrece.

Esas últimas palabras se aclaran con una comparación comúnmente admitida en la Iglesia.

Según todos los teólogos, cuando la Bienaventurada Virgen María ofreció en el Calvario la inmolación cruenta de su hijo, esta oblación tenía un valor infinito objetivamente, en razón de la víctima ofrecida, pero no subjetivamente por parte de la persona que la ofrecía, pues la persona de María, aunque Madre de Dios y llena de gracia, era una persona creada.

Por el contrario, cuando Cristo Redentor se ofreció en la Cruz, su oblación tenía un valor infinito no sólo en razón de la víctima ofrecida, sino también en razón del Sacerdote que la ofrecía. Esta acción personal de Cristo era una acción teándrica de un valor intrínsecamente infinito, en razón de la persona increada del Verbo hecho carne.

Así, pues, como el Sacrificio de la Cruz tenía un valor intrínsecamente infinito con plena suficiencia para merecer y satisfacer por nosotros, ahora el Sacrificio de la Misa, que es substancialmente el mismo que el de la Cruz, tiene un valor sin medida para aplicarnos los méritos y la satisfacción de la Pasión. Mas, por lo que mira al celebrante y a los fieles produce en ellos un efecto más o menos perfecto, proporcionado a sus disposiciones.

Cristo sacerdote principal

Esta alta doctrina, llena de consuelo, debe aplicarse a las Misas cotidianamente celebradas por la pacificación del mundo. Uno lo va comprendiendo mejor cuando considera atentamente en el Sacerdote principal, Cristo Redentor, la oblación interna que dura siempre en su santa alma. Esta oblación interna no es ya meritoria, ni dolorosa, puesto que Cristo no es ya viator, pero dura siempre como adoración reparadora, como intercesión y acción de

gracias, según los cuatro fines del sacrificio. Además, como esta oblación siempre viva en su corazón es una acción teándrica, es una adoración, una intercesión y una acción de gracias de un valor infinito que excede inmensamente el valor de la oblación interna del celebrante y de los fieles.

Este punto de doctrina puesto en evidencia por varios autores espirituales, resalta más aún si la cuestión se formula así: Cristo Redentor, ¿ofrece actualmente y no sólo de manera virtual, todas las misas que se celebran cada día?

Todos los teólogos católicos han admitido siempre que Cristo es el sacerdote principal al menos en el sentido de que en el pasado instituyó el Sacrificio de la Misa y ordenó celebrarlo hasta el fin del mundo. Esto es de fe y se ha declarado en los Concilios, en particular en el de Trento (Denz., 940). Así Cristo ofrece al menos virtualmente las Misas que se celebran hoy.

Algunos teólogos como los nominalistas y Vázquez, se limitan a afirmar esto; sostienen que Cristo ofrece sólo virtualmente las misas que se celebran a diario; de no ser así, dicen, sería necesario admitir que el acto interno de oblación se multiplica siempre en Cristo glorioso, lo cual no parece convenir a la alta simplicidad del estado de gloria.

Por el contrario, la mayor parte de los teólogos, y en especial los tomistas, afirman que Cristo ofrece actualmente las misas que se celebran cada día, no por actos de oblación incesantemente multiplicados, sino por un solo y mismo acto interno, que dura siempre en su santa alma, como la visión beatífica, y que se mide, como esta visión, no por el tiempo, sino por la eternidad participada. Así, Cristo Jesús quiere actualmente cada misa hic et nunc, ve y quiere la irradiación de cada una, o todos los efectos que produce en la tierra y en el purgatorio, sin olvidar la adoración, la acción de gracias que ascienden a Dios y que no están limitadas por nuestras disposiciones subjetivas.

Encuétrase esta doctrina, en sustancia, en Santo Tomás, y más explícitamente en Cayetano (1), Juan de Santo Tomás (2), los Carmelitas de Salamanca (3), Gonet (4), Suárez, San Roberto Belarmino, el Cardenal de Berulle, Condren, Bossuet, Olier, Tomassin..., y recientemente en los teólogos contemporáneos Lepin, Grimal, Hervé, Michel, Petazzi, etc... Los Carmelitas de Salamanca trataron muy bien este punto y afirman que Leander considera esta tesis como muy cierta: "certissima".

De hecho puede probarse sobre todo de tres maneras:

1.º Esta doctrina está indicada en el Concilio de Trento (Denz. 940) allí donde se dice, comparando el Sacrificio de la Misa con el de la Cruz: "Una enim eademque est hostia, idem nunc offerens, sacerdotum ministerio, qui seipsum in Cruce obtulit, sola offerendi ratione diversa". Idem nunc offerens scilicet actualiter, offerens (5). Es el mismo sacerdote que se ha ofrecido en la Cruz y que se ofrece aún hoy, de una manera mucho más perfecta de lo que es ofrecido por el celebrante, el cual ofrece per Christum, cum ipso et in ipso.

El Concilio añade: "sola offerendi ratione diversa" (6), pues el Sacrificio de la Misa, aunque sea substancialmente el mismo que el de la Cruz (por tener la misma víctima y el mismo sacerdote principal), no es ni cruento ni doloroso, ni meritorio, puesto que Cristo no es ya viator, sino in termino viae y la Misa nos aplica los méritos

(1) In III am q. 79, a. 5.

(2) In III am disp. 32, a. 3.

(3) De Euchar. disp. XIII, dub. VI.

(4) Clypeus thom. de Euch. disp. II, a. 5, núm. 100.

(5) "Porque una sola y una misma es la víctima, y uno mismo el que por el ministerio de los sacerdotes ofrece ahora, el mismo que se ofreció entonces a sí propio en la Cruz, siendo solamente diverso el modo de ofrecerla." El mismo el que se ofrece ahora, es decir, que se ofrece actualmente.

(6) Solamente diverso el modo de ofrecerse.

y satisfacciones ganados en el Calvario. De este modo lo han comprendido la inmensa mayoría de los Padres de Trento, como lo refiere M. Lepin en su libro sobre: *La idea del Sacrificio de la Misa*, 1926, p. 317-326.

2.º Una segunda prueba de esta doctrina se encuentra en varias declaraciones de Pío XI y Pío XII. Pío XI en la Encíclica sobre Cristo-Rex (Enc. "Quas Primas" 11 Dic. 1925, Denz. 2195) dice: "*Christus sacerdos se pro peccatis hostiam obtulit, perpetuoque offert*" (7). Asimismo Su Santidad Pío XII in Enc. MEDIATOR DEI ET HOMINUM, Nov. 1947, escribe: "Augustum Altaris Sacrificium non mera est ac simplex Jesu Christi cruciatuum ac mortis commemoratio, sed vera ac propria sacrificatio, qua quidem per incruentam immolationem Summus Sacerdos id agit quod jam in Cruce fecit, semetipsum aeterno Patri hostiam offerens acceptissimam" et ibidem citantur verba Conc. Trid: "idem nunc offerens" (8).

Además, C. S. Pío VII había dicho antes en la Encíclica *Mystici Corporis Christi*, del mes de julio 1843: "Perinde ac divinus Redemptor, in cruce moriens, semetipsum, ut totius humani generis Caput Aeterno Patri obtulit, ita idem "in hac oblatione munda (Mal. I, 11) non modo semetipsum, ut Ecclesiae Caput, caelesti Patri offert, sed in semetipso mystica etiam sua membra, quippe qui eadem omnia, debiliora quoque et inferiora, in Corde suo amantissime includat" (9). Cristo, cabeza de la Iglesia ofreciéndose a sí mismo en la Misa, ofrece todos los miembros de su Cuerpo místico, particularmente los que sufren y aumenta mucho el valor de su oblación.

3.º La razón teológica fundamental de esta doctrina afirmada por los Soberanos Pontífices se encuentra en la Sagrada Escritura y en la Tradición. Puede resumirse así: Según la Epístola a los Hebreos VII-25 y la Epístola a los Romanos VIII-34: "Cristo eternamente vivo no cesa de interceder por nosotros" y como dicen los Padres, es el Sacerdote principal del Sacrificio de la Misa.

Ahora bien, este sacerdocio principal no lo ejerció solamente en tiempo pasado cuando instituyó el Sacrificio de la Misa, sino que como "sacerdote para siempre según el orden de Melquisedech" (Hebr., VIII, 17), ejerce actualmente este sacerdocio; pues no puede ser privado para siempre del ejercicio de esta función de Sacerdote Principal.

De ahí se sigue que Cristo quiere y ofrece actualmente cada Misa, y es eso lo que muestra la eminente dignidad y el realismo superior, espiritual, de este Sacrificio, no sólo de la víctima ofrecida, sino del sacerdote principal y de la acción teándrica de adoración reparadora, de intercesión y de acción de gracias.

Así es como lo han entendido los Padres de la Iglesia. San Juan Crisóstomo por ejemplo dice: "Christus, qui tunc in illa caena confecit (sacrificium altaris), ipse nunc quoque operatur" (10). "Qui putat hoc sacrificium (nunc oblatum a Petro, a Paulo) minus esse sacrificio (caenae), is nescit Christum etiam nunc adesse et operari" (11). S. Gregorio de Nissa (12), S. Ambrosio (13), S. Agus-

tín (14), S. Gregorio Magno, explican del mismo modo el texto de S. Pablo: "Christus est semper vivens ad interpellandum pro nobis" y dicen: "*Christus quotidie ora pro Ecclesia*" (15), Santo Tomás in Epistolam ad Hebr. VII, 25, et ad Rom. VIII, 34, habla en el mismo sentido y S. Tomás dice además que Cristo ya en la tierra por la visión beatífica y de una manera menos elevada por la ciencia infusa, previó todo lo concerniente, en el porvenir, al reino de Dios. Así Cristo en la tierra, en tanto que Cabeza de la Iglesia y juez de los vivos y de los muertos, ha previsto y querido por anticipado todas las misas y sus efectos para la salvación de las almas que conocía ya en particular cf. IIIª q. 10, a. 2; q. 11, a. 1. Con más razón hay que decir lo mismo de Cristo glorioso.

No es pues sorprendente que los santos, como Santa Gertrudis, asistiendo a la Misa, en el momento de la consagración hayan dejado de ver al celebrante y hayan visto en su lugar a Cristo Redentor como sacerdote principal.

Es cierto, que si el celebrante está un poco distraído en el momento de la consagración por algún detalle del culto que puede faltar, *el mismo Cristo, sacerdote principal, no está distraído*. Su santa alma ve *in Verbo* y quiere la consagración *hic et nunc*; ve y quiere su eficacia, todos sus efectos en la tierra, en el purgatorio, y la adoración de un valor infinito que asciende hacia el cielo.

Todo esto Cristo sacerdote, *lo ve intuitivamente y lo quiere actualmente*. Lo ve por la visión beatífica que es medida no por el tiempo, sino por la eternidad participada. *En el único instante de la eternidad inmóvil, la santa alma del Salvador ve y quiere cada misa y su irradiación tan lejos como pueda alcanzar*.

Este acto interior de oblación no tiene necesidad de ser multiplicado, queda siempre el mismo sin interrupción; como un ritmo musical incesante, que sobrepasa toda otra armonía; este acto interior comenzó cuando Cristo entrando en el mundo dijo: "*Ecce venio*" como se refiere en la Epístola a los Hebreos, X, 5. Esta oblación interior inspira toda la vida terrestre del Salvador, advierte Bossuet (16) y dura siempre en el cielo. Aunque no sea ya meritoria ahora, es la consumación de los méritos pasados del Redentor.

4.º Púedese añadir un cuarto argumento en favor de esta doctrina. Según Santo Tomás, los tomistas y muchos otros teólogos (17), *la humanidad de Cristo es el instrumento unido a la divinidad para la producción de todos los efectos sobrenaturales, instrumento consciente y voluntario*. Siendo esto así, Cristo quiere concurrir físicamente a todos estos efectos sobrenaturales *hic et nunc* y por tanto a cada transubstanciación en particular. Quiérellos, pues, actualmente, todos y cada uno.

Se objetará tal vez que la oblación siempre viva en el corazón de Cristo no estaría ya subordinada al Sacrificio de la Cruz, sino más bien *coordinada*.

Es fácil responder: aquélla le está *subordinada* por lo que mira a sus efectos, pues la oblación del Sacrificio de la Misa nos aplica *solamente* los méritos pasados del Calvario. No hay nuevos méritos del Salvador a partir del *Consumatum est*, pues Jesús no es ya *viator*.

Toda esta doctrina está confirmada por esto: Con toda certeza Cristo *quiere actualmente* darse en comunión a cada fiel que le recibe bien; todos nosotros lo creemos firmemente. Con mucha más razón Cristo *quiere actualmente* ofrecerse en forma sacramental por la consagración que es más que la comunión, pues la esencia del sacrificio eucarístico es más que la participación en éste. El Sal-

(7) Cristo se ofreció y continuamente se ofrece a sí mismo como Sacerdote en calidad de hostia por los pecados.

(8) El augusto Sacrificio del Altar no es una mera y simple conmemoración de los padecimientos y muerte de Jesucristo, sino un verdadero y propio sacrificio, con el cual, ciertamente, por la inmolación incruenta el Sumo Sacerdote obra lo que ya hizo en la Cruz, ofreciéndose a sí mismo al Eterno Padre como víctima aceptísima, y en el mismo lugar se citan las palabras del Concilio Tridentino: "El mismo que se ofrece actualmente."

(9) Y así como el divino Redentor, al morir en la Cruz, se ofreció a sí mismo al Eterno Padre como Cabeza de todo el género humano, así también "en esta oblación pura" (Mal. I, 11) *no solamente se ofrece al Padre celestial como Cabeza de la Iglesia, sino que ofrece en sí mismo a sus miembros místicos, ya que a todos ellos, aun a los más débiles y enfermos, los incluye amorosísimamente en su Corazón*.

(10) Homil. 82 in Math. n. 5. "El mismo Cristo, que instituyó en la Cena (el Sacrificio del Altar), obra también ahora."

(11) In Ep. II ad Tim., homil. 2, n. 4. Cf. R. DE JOURNAL, n. *Ench. patrist.*, n. 1207. "El que piense que este Sacrificio (ahora ofrecido por Pedro o Pablo) es menor que el Sacrificio (de la Cena), ignora que también en este momento está presente y obra el mismo Cristo."

(12) In *Christi resurr.* or. 1. R. DE JOURNAL, n. 1063.

(13) *De Offic.*, I, I, c. 48.

(14) *De Civ. Dei*, I, X, c. 20; *de Trin.*, I, IV, c. 7 et 14.

(15) S. GREGOR. MAGNUS, in 5. Ps. poenit. "Cristo vive siempre para interpellar por nosotros." Cristo ora cotidianamente por la Iglesia.

(16) *Elévations sur les mystères*, XVIII semaine, élév. 7 a.

(17) Cf. *Salvanticenses*, De Incarnatione, tract. XXI, disp. XXIII, dub. IV.

vador las quiere, pues, actualmente, una y otra, la consagración y la comunión.

El valor de la Misa para la paz del mundo

Hoy, ante el grave peligro de una tercera guerra mundial, es necesario considerar esta doctrina en relación con las misas que se celebran cotidianamente para la *pacificación del mundo*.

Según la voluntad del Soberano Pontífice, se celebra una misa cada día en la Basílica de San Pedro de Roma, con esta intención, desde hace algunos años. Su Santidad Pío XII ha sufragado estas misas cotidianas para dos años, a partir de Pentecostés de 1948. Al punto, diversas naciones, y España entre las primeras, han dado, por intermedio de sus arzobispos y obispos, lo necesario para que esas misas cotidianas se celebren con esta intención durante doce años. El deseo del Padre Santo sería fundar, con el concurso de las diferentes naciones, una misa perpetua por la paz en la Basílica Vaticana.

Esta misa de las naciones puede ser considerada como la *Misa de la Cristiandad* ofrecida a diario, por deseo del Papa, para el bien de todos los pueblos. Es una nueva afirmación de la *supranacionalidad de la Iglesia*. Es al propio tiempo la expresión de la unidad espiritual de los fieles, por encima de todo cuanto divide. Convenía particularmente que esta aplicación cotidiana se elevara desde el *Centro mismo de la Iglesia* para afirmar la *unión de los pueblos con el Pastor supremo*, reconociendo prácticamente que sólo el *Mediador universal* entre Dios y los hombres puede mantener la unión de las naciones en medio de tantas causas de conflicto y de ruinas. Cuando en una familia alguien se extravía y lleva moralmente muy mal camino, nada cabe mejor que hacer celebrar una misa por él. Cuando el que va mal es el mundo entero, es necesario recurrir más que nunca a esta intercesión suprema. La oblación continuada que el Redentor hace de sí mismo en la Misa, purifica así nuestras oraciones personales y aumenta su valor de adoración reparadora, de suplicación y de acción de gracias. En resumen, uno de los obstáculos más insuperables que detiene al enemigo del bien, en su obra de división, es incontestablemente el Sacrificio de la Misa ofrecido por las mayores intenciones de la Iglesia.

Se objetará tal vez: Pero, ya que el valor de cada misa es infinito, ¿por qué multiplicar tanto estas misas?

Débase responder que, como ya lo hemos dicho, el valor de cada misa *en sí* es sin duda infinito y basta para producir los efectos más elevados; y, sin embargo, *sus efectos en nosotros son limitados según nuestras disposiciones*. Ahora bien, se multiplican cada día *más los obstáculos* para la pacificación del mundo. Conviene pues que cada día se celebre una misa para superar estos obstáculos que constantemente se renuevan. En este sentido el Concilio de Trento (Denz. 940) dijo: "El Señor, apaciguado por la oblación de ese Sacrificio, otorgando la gracia y el don de la penitencia, perdona los pecados muy graves y los crímenes" que se cometen cada día, conviene, pues, que cada día se ofrezca este sacrificio. Además, no se trata tanto del *número* de misas que deben celebrarse, cuanto de la perseverancia que es la condición de toda buena oración, sea la que sea.

Si, pues, en diferentes naciones más o menos divididas entre sí, muchos fieles se unen con confianza a estas Misas por la paz, *únense de la manera más íntima y eficaz a la oblación viva siempre en el Corazón de Cristo Redentor*.

Estos fieles, si consideran el valor infinito de la Misa, no pueden orar mejor según las intenciones de la divina Providencia, que desde toda la eternidad ha querido estas oraciones y nos las inspira ahora, para escucharlas al punto. La generosidad admirable de los sacerdotes, religiosos y religiosas y la generosidad de los cristianos en general que sufren persecución en la hora presente, es un signo: *esta generosidad demuestra que las oraciones de que estamos hablando son escuchadas*.

Cristo Redentor, Príncipe de la paz, conoce plenamente las intenciones de la Providencia. Él sólo posee perfectamente "*el sentido de la historia*" que es hoy día radicalmente falseado por el materialismo histórico. Cristo, que conoce exactamente el plan providencial, ve con una perfecta evidencia *el bien superior* por el cual Dios permite todos los males de nuestro tiempo y quiere que nosotros cooperemos lo mejor que podamos a este bien mayor.

A principios de siglo, la guerra estaba a punto de estallar entre la República Argentina y Chile; un gran apóstol, Monseñor Benavente, con varios fieles, prometió que si la guerra era evitada, se levantaría una gran estatua de Cristo en la cima de la Cordillera de los Andes, entre ambos países. Esta promesa fué acompañada con una oración humilde y perseverante que fué atendida. La guerra se evitó y una grande estatua de Cristo Redentor, forjada con el bronce de los cañones preparados por los dos países, se elevó en la cima de aquellas montañas. Una reproducción de esta estatua se encuentra hoy en La Haya en la escalera de honor del Palacio de la Paz.

Así se verificó una vez más la promesa del Salvador: *Pedid y recibiréis. Ella se cumplirá igualmente hoy si rogamus, si recurrimos con fervor a la más grande de todas las oraciones, la del mismo Salvador, sacerdote principal del sacrificio de la Misa y si vivimos cada día más cristianamente*.

Hemos de tener, pues, una gran confianza cuando celebremos la Misa según las intenciones más elevadas y universales de la Iglesia, que son ciertamente conformes con las intenciones de la Providencia.

Recordemos lo que ha dicho el Papa: no hay paz sin la instauración del orden cristiano, sin el respeto a la ley natural vinculada al Criador: no habrá paz, sin la cesación de las persecuciones religiosas.

De este modo se verificarán las palabras de la Epístola a los Hebreos: IV, 14; VII, 25: "Tenemos en Jesús, el Hijo de Dios, el sacerdote por excelencia, que ha entrado en el cielo empíreo; permanezcamos, pues, firmes en la profesión de nuestra fe". "Él permanece para siempre... De ahí viene que pueda salvar perfectamente a aquellos que se acercan a Dios por él, puesto que vive siempre para interceder por nosotros. **Tal es el sumo sacerdote que necesitábamos, santo, inocente, sin mácula, separado de los pecadores y elevado a los cielos: sanctus, innocens, impollutus, segregatus a peccatoribus, et excelsior caelis factus... semper vivens ad interpellandum pro nobis**" (18). La institución de la Eucaristía y del Sacerdocio reclama, en verdad, una acción de gracias especial, decía León XIII al instituir la Archicofradía del Corazón eucarístico de Jesús. Esta acción de gracias especial es precisamente ofrecida al Corazón eucarístico del Salvador por un Congreso internacional como éste que debe dar frutos en el mundo entero.

FR. REGINALDO GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.
Profesor del *Angélico*

(18) "Santo, inocente, sin mancha, separado de los pecadores y constituido más alto que los cielos... siempre vivo para interpelar por nosotros."

UNAS NOTAS HISTORICAS

A PROPOSITO DE LA CARTA DE S. S. PIO XII A TODOS LOS PUEBLOS DE RUSIA

GESTACION DEL CISMA^(*)

Apostolado fecundo

SIGUIENDO muy de cerca en el tiempo a las invasiones violentas de los pueblos germánicos, verificóse en todo el centro y sureste de Europa una penetración pacífica y casi inadvertida pero eficaz, de gentes de raza eslava, que al fijarse en distintos lugares fueron diferenciándose en ramas diversas.

Son dos santos griegos, Cirilo y Metodio, los que, respondiendo a las solicitudes del caudillo de uno de esos grupos afincado en Moravia, comenzaron su evangelización y la creación de su cultura. Perfectos conocedores de la lengua indígena, compusieron un sistema práctico de escritura y tradujeron al eslavo los libros sagrados y los oficios litúrgicos.

Los moravos formaron entonces un Estado poderoso, y su monarca, Swatopluck, que comprendió muy bien la obra de los santos misioneros, puso sus dominios bajo la dependencia del Romano Pontífice. Pero inicios tan prometedores se malograron poco después por la ambición de sus vecinos germanos. Y aunque el Papa Adriano II confirmó con su autoridad la obra de los dos santos, tributándoles grandes honores, Metodio, muerto ya su compañero, acabó sus días humillado y perseguido y viendo el fracaso aparente de su inmensa labor (año 885). Esta, sin embargo, había sido extraordinariamente fecunda. "El historiador ruso Hilferding ha podido decir que ningún héroe de su raza ha hecho más que Cirilo y Metodio por el porvenir de los pueblos eslavos. Ellos fijaron la lengua que hablan hoy unos doscientos millones de hombres. Su acción civilizadora se extendió igualmente por toda la raza; ejercieron semejante acción precisamente en un momento en que, no estando bien definida aún la distinción de los diversos pueblos, pudo dejarse sentir más fácilmente su influencia en toda la gran familia eslava".

"La historia de la Iglesia ha de hacer constar que casi todos los cristianos que en el mundo eslavo se conservaron adictos a la Iglesia romana, remontan a la Iglesia de Moravia de una manera directa o indirecta: Bohemia, cuyo duque Borcivoy, cuñado de Swatopluck, fué convertido por San Metodio; Polonia, que recibió los primeros rudimentos de la fe de los moravos fugitivos, y Hungría, en la que fué preponderante la influencia de los misioneros bohemios y polacos, debieron a sus orígenes latinos el escapar a la influencia bizantina que debía arrastrar al cisma griego a las demás naciones eslavas" (1).

Evangelización de los rusos

La base étnica del pueblo ruso la constituyeron tribus de eslavos orientales que, luego de su diferenciación del tronco común eslávico, ocupaban sin la menor estructuración política, el espacio articulado a lo largo de la lí-

nea que del Golfo de Finlandia al Mar Negro, relaciona el Norte y Sur de la Rusia actual. Y precisamente la aptitud de esta vía — río Volchov, lago Ilmen, curso del Dnieper — para el intercambio entre sectores geográficos tan distantes y diversos, fué lo que determinó en gran parte los primeros caracteres de la historia rusa.

Del Norte, por el Golfo de Finlandia y el Báltico y desde Escandinavia, llegaron los Normandos, audaces y emprendedores, que supieron ponerse en seguida a la cabeza de aquellas sociedades elementales, faltas de cohesión e iniciativa, y aproximarlas entre sí, organizarlas y dirigir las en largos desplazamientos bélicos y aventureros a través del Mar Negro hasta la propia Constantinopla, y por las estepas meridionales hasta el Volga. Esta minoría de caudillos nórdicos o "varegos" despertó inquietudes en la masa indígena y la sacó de su pasividad primitiva, logró en breve cierta unificación política y proporcionó a los rusos su primera dinastía de monarcas (los Rjurik).

La ruptura del aislamiento facilitó las inmediatas aportaciones religiosas y civilizadoras. Mas esto no podía darle el elemento normando, de vitalidad extraordinaria, ciertamente, pero bárbaro todavía, inculto e instintivo. Fué del mediodía de donde afluyeron aquellas superiores aportaciones. La misma geografía condicionaba esta dirección. Y así la cultura y la Iglesia rusa quedaron desde sus orígenes fatalmente vinculadas con el Imperio oriental. Pues, aunque ya en los principios tuvo Rusia algún contacto con el Occidente europeo y con sus cabezas temporal — el Emperador Romano germánico — y espiritual — el Papa —, ello no podía realizarse sino esporádicamente por imposición de los obstáculos naturales y la muchedumbre de entidades raciales y políticas interpuestas.

La conversión de los rusos — a pesar de hipótesis recientes que pretenden lo contrario — no nos parece haber resultado demasiado laboriosa ni menos violenta. El cristianismo debió prender y arraigar con suave rapidez en aquellas gentes "pobres de espíritu", desprovistas de ambición y, seguramente, sin el lastre de complejas aberraciones paganas. Con el bautismo de su jefe Vladimiro, hacia el año 989, puede considerarse generalizado el proceso de cristianización, iniciado antes, de modo parcial, en la comarca de Kiev, la más abierta al exterior. Si hubo alguna resistencia hay que atribuirla a elementos normandos aferrados a sus anteriores creencias mitológicas.

Al rudo Vladimiro le habían seducido las noticias y el brillo de la corte bizantina: procuró intervenir en uno de sus numerosos conflictos interiores y de este contacto derivó su matrimonio con Ana, hija del emperador Basilio II, y su conversión al Cristianismo.

"Poco antes — como dice S. S. Pío XII (2) —, en el año 997, nuestro predecesor Benedicto VII... mandó sus Legados al príncipe Jaropolk, hermano del célebre Vladimiro." Pero el impulso decisivo y eficaz había procedido

(*) Véase pág. 197 de nuestra *Separata de Documentos pontificios*.

(1) Cfr. F. Mourret, *Historia General de la Iglesia*, t. III, pág. 326.

(2) Carta Apostólica *Sacro Vergente Anno* a los pueblos de Rusia, V. "separata" de documentos pontificios, de CRISTIANIDAD, pág. 197.

de Bizancio y, como es lógico, la cristiandad neófito organizóse con jerarquía griega, directamente subordinada a la sede patriarcal de Constantinopla. Este mismo aspecto bizantino quedó impreso en la liturgia, el arte y la literatura religiosa, y más tarde incluso en la ideología política de los soberanos. Es cierto que en este tiempo *"la cristiandad oriental y occidental estaban unidas bajo la autoridad del Romano Pontífice, como Jefe supremo de la Iglesia"* (3), a pesar del siglo iconoclasta y del Cisma de Focio, precedente éste de inmensa trascendencia. Los rusos, con todo, asimilaron íntimamente la verdad cristiana en su pureza, y con ella, sin duda, cierta conciencia de subordinación al Sucesor de San Pedro. Así nos atrevemos a deducirlo de la cortesía con que Vladimiro correspondió a las legaciones enviadas por los Papas Juan XV y Silvestre II.

Un período decisivo

En el siglo siguiente, superado por completo el estadio de gobierno por aventureros y más consolidada la autoridad, con el reinado de Jaroslav (1015-1054), el llamado con fundamento "el Carlomagno ruso", podemos considerar a Rusia integrada en la gran familia de pueblos cristianos. Pero justamente a fines de este período se consumó en Bizancio la trágica secesión de la Iglesia oriental: el Patriarca constantinopolitano Miguel Cerulario se alza insensatamente frente al Vicario de Cristo y aun pretende excomulgarle, y hunde consigo a todo el Oriente en el gran cisma ahora casi milenar. El ambiente estaba ya preparado por la rebeldía de Focio dos siglos antes, y también por el cesarismo endémico de la autocracia bizantina.

He aquí, pues, un momento crucial para la cristiandad de Rusia: ¿Qué eco tuvo en ella el cisma de Cerulario? ¿Continuó obedeciendo al Papa, o secundó inmediatamente a su superior inmediato el Patriarca? La generalidad de los fieles no se enteró de nada ni pudo plantearse la disyuntiva; el clero bajo tampoco; la jerarquía, griega como era en su mayoría, siguió dependiendo sin más del Patriarcado.

"En vano buscaremos — dice el Padre Pierling — la fecha precisa o el acontecimiento señalado que puedan referirse como punto de partida de la separación entre Rusia y el centro de la unidad. Se fué haciendo implícitamente, sin sacudidas, sin motivo aparente, en virtud de la sumisión jerárquica de la Iglesia rusa al Patriarca de Constantinopla, pero sin que los rusos hubiesen tomado parte en las luchas doctrinales o políticas de Bizancio" (4).

La sede primada de Kiev — capital también del Gran Príncipe de Rusia — se hallaba vacante en 1051. Jaroslav, quizá por espíritu de independencia y con intención de

desligar a su país de Bizancio aun en lo eclesiástico, procuró exaltar a la dignidad metropolitana, ostentada casi siempre por griegos, al monje ruso Hilarión, el cual, consumado ya el cisma por Cerulario, no rompió ni mucho menos con el Pontífice romano.

En estas circunstancias la aproximación a Occidente creemos que hubiera resultado decisiva en la orientación futura del cristianismo ruso. Pero el gran Jaroslav falleció en 1054 y, en el desconcierto de las querellas sucesorias, no tuvo Rusia al frente del Estado la personalidad superior capaz de atreverse a la desvinculación de Bizancio, muy difícil en todo caso dado el predominio griego entre los eclesiásticos. En adelante, con un sistema de sucesión inadecuado, quedó Rusia fraccionada de hecho entre varios príncipes, de la misma estirpe de los Rjurik, pero siempre haciéndose la guerra con el único afán de suplantarse uno a otro en el primer puesto del concierto de principados. En este ambiente, la Iglesia rusa siguió inspirándose y dirigiéndose desde Bizancio, distanciada, naturalmente, del Papa. Si alguna vez los soberanos recordaron la autoridad del Pontífice romano, fué sobre todo con miras egoístas y de política circunstancial que acabaron malogrando todos los contactos iniciados.

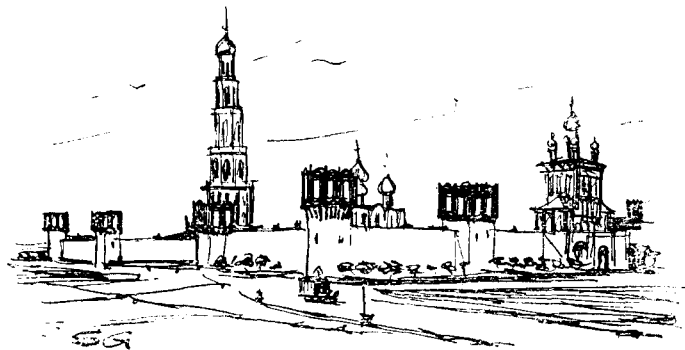
Este viene a ser el caso de Isjaslav, que pudo, empero, tener mayor trascendencia (5). Dicho príncipe, desposeído por sus hermanos del trono de Kiev, recurrió a los países occidentales, en apoyo de sus derechos, y envió a su hijo Jaropolk para que el Papa le invistiera con la soberanía única de todo el territorio ruso, a lo que accedió con entusiasmo Gregorio VII (1075). Esto pudo acabar con el sistema ruso de sucesión al trono, anárquico y disolvente. Pero, repuesto, Isjaslav olvidó a sus favorecedores, el heredero Jaropolk murió asesinado y, por añadidura, se extinguió muy pronto esta rama de los Rjurick, menos cerrada al mundo romano-cristiano. Así quedaron con la primacía duques decididamente vueltos hacia Bizancio.

Rusia no pudo con ello sentir el espíritu de cruzada que debía amalgamar a toda la Cristiandad europea en torno del Papa, y, al menos idealmente, del Sacro Imperio. Descuñados de la civilización brillante que apuntaba ya en Occidente, los rusos iban a encontrarse muy pronto desamparados ante el alud asiático que se avecinaba. Por otro lado la expansión germánica hacia el Este, misionera y colonizadora de los países del Báltico, contribuyó en parte a sobreexcitar la conciencia que podríamos llamar antilatina de los príncipes rusos que consideraban aquellos territorios, en cierto modo englobados dentro de su mundo eslavo.

La «gran Rusia» nace bajo el signo del Oriente

En 1223, desde Asia, desembocan irresistibles las hordas tártaras: las estepas meridionales rusas, presa fácil y camino secular de movimientos multitudinarios, fueron implacablemente asoladas y arruinadas; la ciudad de Kiev acabó de perder su posición directora en el conjunto de entidades políticas rusas, que se desplazaron más hacia el Norte y Nordeste. Rusia se alejó más de Europa y, por otra parte, comenzó también a distanciarse del Oriente bizantino.

Como es natural, no pudo desempeñar en esta coyuntura de la invasión el papel de salvaguardia de la Cristiandad que quizá le había asignado la Providencia al transmitirle el depósito de la fe cristiana. Los tártaros se lanzaron sobre el corazón de Europa; tras fulminantes derrotas de polacos y alemanes, alcanzaron el Adriático al Norte de Italia, pero conflictos internos les movieron a paralizar sus ímpetus, que no hubieran encontrado



Moscú. - Convento de la Virgen

(3) Pío XII, loc. cit.

(4) *La Russie et le Saint-Siège*, t. I, cit. por Brian-Chaninov, *L'Eglise et la Russie*, pág. 8.

(5) El Papa Pío XII alude extensamente a ello en la citada Carta *Sacro Vergente Anno*.

barreras con que neutralizarlos. Pues precisamente entonces la perfidia del emperador Federico II desvirtuaba los principios de la Institución sacro-imperial y preparaba con ello el resquebrajamiento del orden de la Cristiandad medieval. Inocencio IV, en el Concilio de Lyon de 1245, sugiere un plan defensivo; en 1248 invita incluso al príncipe ruso Alejandro Nevsky de Susdal para que se una al gran movimiento de resistencia del mundo cristiano; pero aquél, como los demás duques, creen más práctico acercarse a los Khanes tártaros y rendirles toda suerte de homenajes a trueque de conservar su posición personal, siquiera sea sobre unos estados esquilados, minimizados o servilmente tributarios.

En esta etapa histórica, Rusia, bajo el dominio extranjero, asimila abundantes elementos asiáticos que más tarde darán un sello típico a su fisonomía nacional: ya que por cierto es en estos tiempos cuando sobre el insignificante núcleo moscovita irán cristalizando poco a poco los factores constitutivos de Rusia como nacionalidad moderna. En efecto, devastadas las tierras del Sur por el huracán mongólico, trasladóse el centro de gravedad de los ducados rusos hacia las comarcas septentrionales. A principios del siglo XIV, una rama secundaria de la familia soberana, asentada en Moscú, pequeña fortaleza convertida en ducado diminuto, produce generaciones sucesivas de caudillos tenaces, ávidos de poderío y sin escrúpulos, que absorben con toda especie de intrigas a los principados circunvecinos, y halagan y sirven a los khanes tártaros mientras su potencia los hace temibles, para en su decadencia revolverse contra ellos y desplazarlos del ámbito eslavo. Moscú polariza todas las energías diseminadas y discordantes y a lo largo de una Edad Media retrasada y larguísima, va produciendo la Rusia moderna de los Zares.

En estas vicisitudes de facciones y luchas internas y de hegemonía extranjera, la Iglesia rusa, tolerada por el invasor, conserva la cultura que pudo salvarse entre tanto trastorno; y aminorado el influjo exclusivo de la sede bizantina, se forma cierta mentalidad "ortodoxa" de matices peculiares que quizá sea la que luego le permitirá enfrentarse con las corrientes unionistas de Bizancio. Los metropolitanos siguen fieles al Patriarca, pero al mismo tiempo entran a desempeñar parte importante en el aludido engrandecimiento del ducado de Moscú, cuyos soberanos acabarán imponiendo sus intereses y su voluntad a los dignatarios eclesiásticos, convirtiéndolos en una pieza más del mecanismo político y forzando sus posiciones ante los problemas de índole meramente religiosa.

En este tiempo los conflictos políticos y eclesiásticos se interfieren entre sí y marchan paralelos. Cuando Constantinopla, en 1398, es cercada por los turcos, los griegos recurren a Moscú, que en virtud del vínculo eclesiástico presta generosos auxilios pecuniarios. Por otro lado, al Oeste del naciente Imperio moscovita, ha surgido vigoroso el conglomerado de Lituania-Polonia, que atrae y engloba un buen contingente de eslavos orientales, y tiende a relacionarlos y aproximarlos al mundo occidental. Aquí presentimos los gérmenes de la futura Iglesia Uniata reconciliada con Roma en el siglo XVI (6). Moscú, vértice del incipiente imperialismo ruso, se opondrá a aquello irreconciliablemente, y, en consecuencia, las futuras enemistades con los polacos, católicos, alimentarán más y más su obsesión antirromana.

ÁNGEL-J. MARTÍN DUQUE

(6) V. Encíclica de Pío XII, en 23 de diciembre de 1945, con motivo del 350 aniversario de la unión definitiva a Roma de la Iglesia rutená.

DEL CISMA AL COMUNISMO

El rompimiento



Un día de marzo de 1411 llegaba a la corte de Moscú un gran personaje investido de la púrpura cardenalicia y precedido de la cruz latina, como legado "a latere" del Sumo Pontífice. Era el metropolitano de Kiev, Isidoro, que volvía de Occidente a donde había ido a representar a su Iglesia en el acto de unión de Bizancio con Roma.

El Gran Duque, que lo era Vasiliévich, le salió al encuentro, mas no fué éste amistoso: no le gustó al monarca ver a su súbdito precedido por la cruz latina. Mayor fué todavía su descontento cuando en la conmemoración de la misa oyó en primer lugar el nombre del Papa de Roma; y no pudo ya contener su ira al oír la lectura de la bula de unión: la interrumpió y mandó al metropolitano prisionero a un monasterio.

Sin embargo, "se ha de hacer notar y tener muy en cuenta — dice Pío XII — que Isidoro, metropolitano de Kiev, en el Concilio Euménico de Florencia, firmó el decreto que sancionaba solemnemente la unión de la Iglesia oriental y occidental bajo la autoridad del Romano Pontífice; y esto valió para toda su provincia eclesiástica, es decir, para el entero reino de Rusia, sanción de unidad

a la que él por su parte permaneció fiel hasta el fin de sus días" (1).

¿Cómo pudo ser tan mal recibida en Rusia noticia de tan gran alegría para todo el pueblo cristiano?

"El encontrar a la Iglesia rusa oficialmente representada en un Concilio general de todas las Iglesias — dice el P. Amman — es un acontecimiento único en su historia; desde su alejamiento de Roma y del Occidente se encontraba por primera vez en contacto oficial con Roma y además en una ocasión solemnísima. Este contacto hubiera podido producir frutos inmensos si hubiese la Iglesia rusa participado íntimamente, pero el resultado fué diverso: el Concilio produjo una separación que todavía hoy continúa" (2).

Veamos cómo se produjeron los hechos. Diez años antes de aquella tan poco amistosa recepción, el primero de julio de 1431, moría Focio, metropolitano de Kiev, cuyo cargo atrajo en seguida varios candidatos apoyados por los más poderosos príncipes rusos; mas el Emperador y el Patriarca de Constantinopla, que, sea por convicción, sea por política, buscaban con verdad en aquel momento la unión con Roma, nombraron para aquel cargo a Isidoro, persona de gran inteligencia e inclinado a la unión.

Por su parte el príncipe ruso, que acababa de recuperar su trono después de una de las frecuentes luchas

(1) Carta apostólica de S. S. Pío XII *Sacro Vergente Anno* a los pueblos de Rusia. Vid "separata" de CRISTIANDAD, pág. 197.

(2) Storia della Chiesa russa, pág. 120.



Ntra. Señora presenta a su Divino Hijo las súplicas del pueblo ruso, representado por Andrés Bogolubski, gran príncipe de Kiew en el siglo XII, e intercede por él. - Iceno ruso del siglo XIV

entre los miembros de la familia por el poder supremo, no tuvo inconveniente en aceptarlo, ni en permitirle el viaje a Occidente para asistir al Concilio, aunque su mentalidad de rudo guerrero no le permitió seguramente hacerse cargo de lo que concedía.

Celebróse el Concilio en 1435, y en él brilló sobremedera la caridad universal del Papa Eugenio IV por encima de las ambiciones conciliares de Occidente y las astucias del Oriente.

Era aquella época fruto del llamado Cisma de Occidente que poco antes había dividido a la Iglesia y dejado la triste secuela de las teorías conciliares que irán rebrotando hasta el siglo XVI. Mediante la necesidad de la convocatoria de un Concilio para la reforma de la Iglesia, se habían ido extendiendo ciertas doctrinas que venían a presentar al Concilio como asesor necesario del Papa en el gobierno ordinario de la Iglesia: de ahí la exigencia de la convocatoria periódica de Concilios.

Ese carácter tuvo más o menos el Concilio que se comenzó en Basilea el 23 de julio de 1431, que pronto entró en discordia con el Papa al afirmar la superioridad de la asamblea sobre el Vicario de Cristo.

Estando el Papa en abierta lucha con el Concilio, se recibió en Occidente el deso del Emperador de Constantinopla y de su Patriarca de unirse a la Iglesia Romana, agobiados como se hallaban por la presión de los turcos. Recogió también este deseo el Concilio, arrogándose el derecho de tratar directamente con los orientales, a lo que éstos contestaron emprendiendo una doble línea de negociaciones con el Concilio y con el Papa, cuya paciencia y celo lograron a la postre imponerse.

Disolvió el Concilio en 1437 y convocó otro ecuménico en Ferrara para la reforma de la Iglesia y la unión con los orientales, mas a poco de reunirse, por causa de la

peste hubieron de trasladarlo a Florencia, en donde continuó desde su décimaséptima sesión, el 26 de febrero de 1439; y en julio se llegó ya a la fórmula de unión que leyeron el cardenal Juliano en latín y el cardenal Besarion en griego. La representación de Rusia la sostuvo Isidoro de Kiev, cuya intervención quiso premiar el Papa con la púrpura cardenalicia y el nombramiento de legado "a látere" para Rusia.

El fruto de esta unión en Rusia ya lo ha visto el lector: Vasilio no quiso admitirla, y después de acudir al Emperador bizantino en apelación contra Isidoro — muestra del desconocimiento absoluto de la situación —, reunió en 1448 un sínodo de las Iglesias de su influencia, y apoyándose en la facultad que le dieron los obispos enemigos de la unión, nombró a Jonás de Riazán, exaltado antirromano, para ocupar el cargo de Isidoro, en contra de Bizancio y de Roma.

La tercera Roma

No tuvo mejor éxito la unión en Bizancio. Su ambiente era tal que los obispos representantes, a su vuelta, desembarcaron entonando un "mea culpa" por haber firmado aquel documento cuya publicación en Constantinopla no se hizo hasta el reinado siguiente y sólo después de grave apremio por parte del Papa.

La amenaza turca estaba poniendo de manifiesto ya por última vez que la única salvación del Oriente estaba en Roma, y a pesar de todo preferían el turbante a la tiara: la obra de Focio había llegado a convertirse en mortífera savia de la sociedad bizantina.

Pocos años después se cumplía el trágico sino de aquella civilización decadente: Constantinopla se convertía en Estambul, la "Segunda Roma" venía a convertirse en la capital del Imperio turco.

Rusia sintió una sacudida. "Habiendo recibido de Bizancio su instrucción religiosa y la mística del poder por derecho divino, creían firmemente en la existencia de esta "Segunda Roma", y consideraban a su Emperador como su jefe espiritual, como el guardián de las puras tradiciones de la Iglesia Apostólica.

Mas he aquí que este jefe y su potencia se hundían; Bizancio, ese puro cáliz que encerraba el agua pura de la verdadera fe, caía bajo los golpes de los infieles. ¿Debian entristecerse sin medida? No, porque la desaparición de Bizancio no significaba el aniquilamiento definitivo del Imperio ortodoxo, y esto por la sencilla razón de que semejante Imperio nunca podría desaparecer. Del hecho de que el ánfora hubiese sido rota, no se seguía que su contenido se hubiera volatilizado.

El Señor había podido permitir a los infieles triunfar de los griegos, pero se opondría siempre a que la verdadera fe fuese aniquilada o sujeta por los latinos y los ismaelitas. La verdadera fe es eterna. No desaparecerá más que el día en que todo será consumado. Mas, ya que por ahora el mundo continúa existiendo, es necesario reemplazar el ánfora rota por una nueva, a fin de que el agua viva de la fe que contenía esté en adelante al abrigo de cualquier profanación. Esta nueva ánfora será Moscú, la "Tercera Roma" (3).

Desde entonces, y principalmente desde el Concilio que se reunió en 1459 para declararse explícitamente separados de Roma y de Bizancio, comenzó a existir la "Iglesia autocéfala rusa".

"Pero si entre tanto y en lo sucesivo — continúa diciendo el Papa — por motivo de un conjunto de circunstancias adversas, se hicieron más difíciles las comunicaciones de una y otra parte, y por consiguiente más dificultosa también la unión de los espíritus — aunque hasta el 1448 no

(3) *L'Eglise Russe*, par Brian-Chaninov, pág. 112.

haya ningún documento público que declare a vuestra Iglesia como separada de la Sede Apostólica —, sin embargo, en líneas generales, esto no se ha de atribuir al pueblo eslavo ni ciertamente a Nuestros Predecesores, los cuales siempre trataron con paternal afecto a esos pueblos y cuando les fué posible, se preocuparon de protegerlos y ayudarles a toda costa” (4).

Ya en el mismo siglo xv procuraron atraerse a Rusia mediante el casamiento de la princesa Zoé, descendiente de los Paleólogos y educada en Roma, con el zar Iván III; mas, lejos de favorecer la unión, volvió ella misma al cisma de sus padres, y exacerbó el césaropapismo ruso llevando al príncipe de Moscú las tradiciones del finido Imperio bizantino.

No perdieron sin embargo los Pontífices su esperanza; y en el siglo xvi en diversos momentos, León X, Adriano VI y Clemente VII probaron un acercamiento con Iván III y Basilio III, pero sus embajadas — contrariadas las más de las veces por los polacos que por rencillas nacionales no querían que Moscú se relacionase con Roma — no tuvieron ningún éxito. La convocatoria del Concilio de Trento tampoco pudo llegarles por causa de Polonia. Y a fines del siglo, el naciente Imperio de los zares, casi hundido por Bathory, rey de los polacos, pudo salvarse gracias a Gregorio XIII, que impuso una tregua en 1582. Poco después subían al trono los Romanov, la dinastía de... “Polonia delenda est”.

Hacia el Comunismo

El cesarismo que entrañaba la “Tercera Roma” llega a su punto máximo a fines del siglo xvii y principios del xviii con Pedro el Grande. En adelante la “Iglesia ortodoxa rusa” no será más que una rueda de la máquina del Estado. El zar es todopoderoso incluso frente a su Iglesia. Le estorba el Patriarcado y lo suprime: ocupará su lugar el Santo Sínodo, compuesto por funcionarios laicos y eclesiásticos bajo la dirección de una especie de Secretario del Estado. Necesita dinero para sus guerras y se apodera de la administración de las bienes eclesiásticos. Un paso más y se llegará a la desamortización.

Sus relaciones con Roma tal vez pudieron en algún momento despertar esperanza, pero “a no ser un milagro de primer orden — como dice un contemporáneo — no hay esperanza de que el zar Pedro se transforme y se entienda con el Vaticano. Son demasiado grandes los obstáculos que se oponen: se habría de someter a la autoridad del Papa y a los rigores de la moral, y renunciar a los caprichos y a los abusos del poder (5). En cambio, como efecto de sus relaciones con Occidente, infiltró en Rusia el espíritu protestante de secularización que tanto debía contribuir al hundimiento de su Iglesia.

Desde Pedro el Grande hasta Catalina II no hubo relaciones oficiales con la Santa Sede. Los particulares, en cambio, hicieron en este tiempo frecuentes viajes a Roma. “No se puede dudar — dice Brian Chaninov — que un viaje al extranjero tenía para muchos de ellos un gran atractivo. Sin embargo, se mezclaba con frecuencia a esta sed de horizontes nuevos, a este entusiasmo por el Occidente, preocupaciones de un orden elevado: se iba a Roma por la necesidad intensa de encontrar una respuesta y un apaciguamiento a todas las inquietudes y a todas las dudas que llenaban el corazón y el alma hasta desbordar. Y estas peregrinaciones eran tanto más meritorias cuanto que el riesgo que se corría emprendiéndolas era real y

bien conocido de todos; por muy flotante que fuese a su respecto la legislación penal, los ortodoxos que pasaban al Catolicismo eran sin embargo considerados como criminales de estado” (6).

Las relaciones del Papa con los zares vuelven a reanudarse en la segunda mitad del siglo xvii con Catalina II. Pero ya no son aquellas relaciones que se fundaban en una posible vuelta a la unión con la Iglesia Madre. La primera repartición de Polonia, hecha en 1772, presentó al gobierno ruso el problema de la organización eclesiástica de sus nuevos súbditos, y éste fué el motivo del nuevo contacto llevado a cabo por parte de Catalina con evidente mala fe conforme a la idea tradicional autoritaria zarista de encajar la Iglesia Católica en sus dominios con la mínima dependencia del Papado.

Los zares siguientes van oscilando entre una gran tolerancia y una rudeza más que militar, llegando en ocasiones a parecer que buscaban la unión, aunque siempre aparecía como trasfondo la herencia cesarista bizantina. La Iglesia rusa continuó separada, y relajándose cada vez más, preparó el camino a la “nueva religión” del comunismo.

Creemos de interés para el lector desarrollar, siquiera sea someramente, la relación apuntada entre la progresiva anemia religiosa que entrañaba el cisma ruso y el creciente fermento materialista que desembocó en la revolución marxista. Pero dejaremos para ello la palabra a la autorizada pluma del Obispo auxiliar de Nueva York, J. Fulton Sheen:

“La razón fundamental por la cual el comunismo se produjo a Rusia, es religiosa. En el alma rusa, están profundamente incrustadas apasionadas convicciones religiosas: la vocación universal de Rusia de exhortar a todos los hombres a la fraternidad, la necesidad de sacrificio y de dolor para ejecutar esa misión y la suprema necesidad de resignarse a la voluntad de Dios.

El comunismo, frente a una Iglesia en decadencia, le prometió al pueblo la realización de estos tres ideales, pero sin decirle claramente que se vería vaciado de Dios. La fraternidad se convirtió en un proletariado revolucionario, el sacrificio en violencia y la voluntad de Dios en voluntad del dictador. El comunismo es una religión, es una rendición a un absoluto. Por eso seduce a los que no tienen fe, y por eso la Rusia soviética es considerada hoy la última esperanza del hombre occidental que vive sin Dios. Así como el comunismo llena el vacío creado en el mundo occidental por la falta de fe, así también llenó el vacío causado en Rusia por una Iglesia secularizada o del Estado” (7).

En estas sugerentes frases nos parece vislumbrar la relación o, mejor, la continuidad entre dos figuras siniestras para los destinos de Rusia: Focio, el que sembró la cizaña que había de ahogar la espléndida cosecha del cristianismo eslavo, y Stalin, que sobre la base del misticismo ruso contenido y desenfocado ha construido y pretende extender a todo el mundo un “mesianismo” materialista y satánico.

Pero “el espíritu ruso — continúa Fulton Sheen — no se sentirá satisfecho durante mucho tiempo con el ateísmo o con una Iglesia que se convierte en el instrumento de una ideología comunista”.

La consagración de los pueblos de Rusia al Corazón de María hecha por Pío XII, ofrece el gran remedio de esa insatisfacción.

PABLO LÓPEZ CASTELLOTE

(4) Pío XII, lb.

(5) Brian-Chaninov, ob. cit., pág. 158.

(6) Ob. cit., pág. 167.

(7) El Comunismo y la Conciencia occidental, pág. 187-8.



Unión Europea y Cristiandad

Europeísmo y nacionalismo

III

Su Santidad el Papa Pio XII, en su reciente discurso a los participantes en el Congreso Internacional de «Pax Christi», y en otro anterior de 23 de julio último a un congreso de estudios de Acción Católica Italiana (Véanse en las páginas 219 y 274 de nuestra Separata), ha dado solidísimas orientaciones acerca del grave problema, erizado de obstáculos y peligros, de la unidad.

CRISTIANDAD ha tratado en sus últimos números algunos temas relacionados con el mismo problema, y hoy publica el presente artículo, en que nuestro colaborador J. M. García Escudero, expone su particular modo de ver. Con él continúa la serie iniciada en 15 de julio y 1.º y 15 de agosto del pasado año.

Con dos clases de obstáculos puede tropezar la Unión europea: las grandes potencias extracuropeas; las propias naciones europeas.

Dos son las potencias con las que, para bien o para mal, ha de contar Europa: los EE. UU. y la U.R.S.S. La postura de la segunda ha sido de despiadada hostilidad. La U.R.S.S. ha arrebatado a Europa media Europa, buscando el dominio del triángulo defensivo del Occidente: Varsovia, Viena, Constantinopla. Se ha apoderado de la mitad de Alemania, tan necesaria a Europa por su cultura, su economía y, sobre todo, por su potencial humano: setenta y cinco millones de seres que, acaso, y aunque parezca increíble, no estén fatigados, en contraste con el desconsolador panorama humano de alguna potencia vecina y vencedora. La U.R.S.S., en fin, ha torpedeado todos los intentos de integración. Si ésta se consigue, será, sin duda, *contra* la U.R.S.S.

Esta influencia contraria aparece compensada con la ayuda generosa de los Estados Unidos. Marshall, predicando la Unión europea, enmendó la increíble ceguera política de Wilson, desmenuzando Estados, y de Roosevelt, abandonando Alemania a los lobos, y aunque no hace muchos años que yo oía cantar en el Dam de Amsterdam cierto himno "europeo", en que por igual se anatematizaba al Este y al Oeste, claro es que todo el orgullo que el europeo despliega cara a América, precisamente porque no le inspira el temor que la U.R.S.S., no puede hacerle desconocer que, sin los Estados Unidos, hoy no existiría Europa. Norteamérica ha dado a diario la vida a Europa, y lo que vale más, le ha amonestado y sigue amonestándole sobre la necesidad de que se organice, para que no tenga que seguir viviendo de limosna.

¿No estarán entonces los mayores obstáculos en las propias naciones que se pretende unir? Desde luego. No hace mucho, el Padre Bosc escribía, desde Viena, sus impresiones sobre la opinión europea acerca de la unión. Descartando la "altiva reserva" de España, apreciaba: en Italia, aprobación cargada de recelos; en Alemania, aceptación, pero más para dirigir que para colaborar; en Francia, aplausos, pero quizá con la misma finalidad secreta de los alemanes; en Austria, pasividad absoluta que todo lo espera del apoyo ajeno. No parece que Inglaterra, de la que no trata, pero donde la tradición del aislamiento es antigua, vaya a descomponer el cuadro, y ni la diminuta Suiza puede apreciarse mucho más que recelo a abandonar su secular neutralidad, mezclado con la natural satisfacción de ver cómo la fórmula federal se presenta de panacea del mundo moderno en general, y del europeo en particular. "Europa — concluye el Padre Bosc — se ha convertido en la tarta a la crema de nuestros oradores políticos y de nuestros editores: nacimiento de Europa en Estrasburgo, historia de la literatura europea, Europa o la muerte... Estas bellas fórmulas expresan buena voluntad, alguna ingenuidad, una dosis bastante grande de hipocresía."

Pero, ¿no es también ingenuo pensar que la integración continental tenga que ser el fruto maduro de un previo ardor colectivo, como acaso pensara Ortega, cuando proponía esa idea de la Europa unida en "La rebelión de las masas"? La nación, como forma política sin superior, se habrá revelado — por emplear los términos de Montes — como forma "insuficiente, canija y enteca", pero el nacionalismo como idea-fuerza conserva un vigor

que no ha decaído, según demuestra el choque de la U.R.S.S. con los países ocupados por ella en el Oriente europeo. "Allí — escribe Uscatescu, en *El problema de Europa* — el nacionalismo ha demostrado ser una realidad virgen, llena de posibilidades, que rompe el círculo de fuego que le rodea, realiza un proceso de auténtica fuga e invade las formas con las cuales se le intenta apresar y aniquilar". originando el llamado nacional-comunismo. Esperar a que surja un patriotismo europeo es resignarse a esperar para siempre. La unión debe preceder al patriotismo europeo. Basta con que proceda con el tino necesario para que no la rechacen abiertamente los patriotismos nacionales, lo cual no será extremadamente difícil, considerando que esa unión no tiene por qué ser al principio todo lo estrecha que acaso llegue a ser. Europa no requiere necesariamente un Parlamento europeo, ni un Tribunal continental, ni una Constitución federal, como sostienen muchos de los que empiezan las casas por el tejado, y en cambio, necesita — ¡y con qué urgencia! — la reconstrucción militar de Alemania y de las restantes naciones occidentales y una utilización racional en común de los centros vitales de su economía, nada de lo cual hierde de manera directa los sentimientos nacionales europeos, y en muchos aspectos, los halaga.

Hace años, el panorama habría sido diferente. Europa era el punto de reunión de los más poderosos Imperios coloniales del planeta. Cada nación europea era ya un mundo. No podían comprender la necesidad de formar entre todas un mundo nuevo. Hoy, ese brillante cuadro se ha desvanecido. La misma Inglaterra continúa rodeada de sus Dominios, pero la relación entre éstos y la antigua metrópoli se ha hecho muy análoga, como se ha observado, a la que subsiste entre madre e hijas; tiene su misma ternura irracional y, a la vez, su siempre alerta suspicacia, y aunque todavía se apoye en ella la Gran Bretaña para distanciar-se un tanto de las cosas "continentales", ello no podrá mantenerse a la larga, más aún, considerando la rapidez con que ha empezado a írsele el Imperio de color, sacudido por las mismas corrientes que han dejado a Holanda sin Indonesia, resquebrajan el Imperio francés y difícilmente podrán ser represadas con fórmulas federales, buenas sólo para pueblos de raza y cultura común. De una Europa constituida por poderosos y estables sistemas planetarios hemos pasado a un solo sistema, cuyos miembros, o carecen de colonias, o cuentan con la posible y aun probable pérdida de las mismas, y en todo caso, con que las

ventajas, hoy, están del lado de los Imperios macizos contra los dispersos.

Esto representa la desaparición del mayor obstáculo para la Unión, siempre que ésta — insisto en ello — no sea tan estrecha que obligue a optar entre ella y la conservación del Imperio que a cada potencia quede. Ya es mucho que un inglés, Lord Layton, asegure que “el dilema de escoger entre Europa y el Imperio es un dilema artificial. Los necesitamos ambos”. Y esta desaparición de los obstáculos objetivos me parece más importante que la falta de entusiasmos subjetivos. Es frecuente, en efecto, que se pondere el “ejemplo” suizo. Pero lo cierto es que los cantones suizos no adoptaron una Constitución común hasta 1848, que ésta se propuso, redactó y aprobó rapidísimamente, entre la oposición de muchos y el escepticismo de los más, y los primeros, los gobernantes. Y D’Ors se ha burlado con ingenio del “prejuicio de que desde el momento en que los compañeros de Guillermo Tell sirvieron de modelo para el eromo, dándose las manos en lo alto de una montaña, los cantones suizos no han conocido jamás razones de enemistad recíproca”. También la unión de las colonias inglesas de América fué anterior al patriotismo americano, como la de Castilla y Aragón precedió al patriotismo español.

Sin duda, Europa tiene diversidad de lenguas, religiones, culturas y políticas; ¿pero no era ése el caso de Suiza, con cuatro lenguas, cuatro religiones, diversas culturas, y regímenes feudales, teocráticos y democráticos a la vez? ¿No ha sido ése el caso de cada una de las naciones europeas? ¿No han reducido de tal manera las comunicaciones el espacio europeo, que puede éste equipararse con el de la Francia, la Inglaterra y la España del Renacimiento? Subsisten puntos de vista nacionales. Por ellos, Inglaterra sigue sólo de lejos la posibilidad de una Unión, que teme ver montada sobre un eje franco-alemán, y por esto, la Unión no es un hecho; porque, se ha dicho, a la abnegación de la Inglaterra de 1940 no sucedió la clarividencia que Inglaterra necesitaba en 1945. Pero la posibilidad de la unión, que hace años tenía claramente que negarse, me parece hoy fuera de duda. Sólo que, ¡cuidado!; no es un obstáculo invencible, a mi juicio, la indiferencia de los pueblos. No debería serlo la indiferencia de los Gobiernos. Pero esto no quiere decir que no haya obstáculos, y grandes, y acaso decisivos, en los gobernantes o, más ampliamente, en las clases dirigentes de los Estados europeos. La timidez, la incompreensión o los egoísmos pueden hacer perder las más propicias oportunidades. Por ahí tendremos que rastrear las razones de que

una Unión en favor de la cual está todo y contra la cual no hay nada absolutamente insuperable, esté todavía por hacer.

¿Cuál es, en efecto, el espíritu de esa unión que tan parcial y fatigosamente se aspira a conseguir?

En alguna medida, cuando ahora se habla de Europa unida, más que ir, se vuelve. Europa era una, en cierto sentido, en el Medievo. La guerra internacional era considerada guerra civil: variación sin antagonismo, en que españoles, ingleses y franceses invocaban respectivamente a Santiago, a San Jorge y a San Dionisio, y en eso mismo se reconocían hermanos; el término “nación” significaba lo que hoy “naturalidad”, y aunque nunca fué mayor la diversidad, y todo luchaba contra todo, se aspiraba a una unidad que a veces imponían un Emperador o un Papa, y juntaba en lo más profundo las partes de aquel cuerpo externamente despedazado.

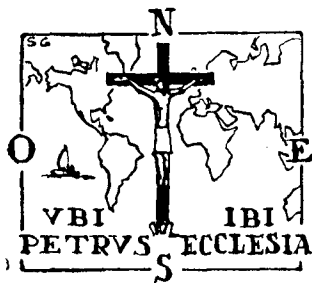
El espejo de la Cristiandad lo hizo añicos la Reforma, y ya, cada nación sólo tuvo un pedazo de él para contemplarse. Comienza la historia que Vassenhove titula así: “cómo no se ha formado Europa”. La historia del lento suicidio de un continente. ¿O es que, si se hubiera mantenido un poder supranacional, se habrían podido narrar alguna vez las largas rivalidades entre Austria y Francia y Francia e Inglaterra; la pugna franco-alemana y, en fin, los capítulos desastrosos de las dos guerras mundiales? No es extraño que durante los siglos de la dispersión, muchos europeos pensaran o intentaran rehacer la unidad perdida. No tienen ya más que un interés histórico los intentos que alguna vez llamé de subordinación, concebidos en torno a un centro: Madrid, en nuestra Contrarreforma; París, en el Imperio de Napoleón; Berlín, en el Imperio con el que Hitler trató de realizar las ideas que anticipaba en 1893 un curioso folleto sobre “la gran Alemania y Europa Central hacia 1950”. En 1950, los que también denominé intentos de coordinación tenían la palabra, como desembocadura de una corriente de federalismo que empieza en Sully, continúa en Saint-Simon y acaba en el Briand de 1930 y en la floración europeísta de esta postguerra. 1948 fué su gran año, con la celebración del primer Congreso de Europa, más importante por el ruido que en él hizo la idea que por el choque de una serie de criterios que no podían ser conciliados de repente: liberales, intervencionistas y sindicalistas, católicos y no católicos, federalistas y unionistas. Ni el congreso fué, como se pronosticaba, un “segundo Congreso de Viena”, ni el que después se celebró

en Interlaken resultó la “antecámara de la primera Asamblea europea” que se pronosticaba, pero, al cabo, la Asamblea se convocó y Estrasburgo acogió, en el verano de 1949, a un titulado Consejo de Europa, con su Consejo de Ministros y su Asamblea consultiva, que no sería el super-Estado solicitado por los federalistas, pero sí parecía un paso hacia la desbalkanización de un continente bien necesitado de buenos desbalkanizadores. Que, en definitiva, prevaleciera en el Consejo, al par que la habitual cerrazón con respecto a España, el criterio británico de la simple Unión sobre el radicalismo de los franceses, listos a hacer tabla rasa de toda prudencia y a introducir en el ya confuso panorama europeo el poderoso elemento de confusión que habría sido una Asamblea, no consultiva, sino omnipotente, y con partidos políticos, no parecía exclusivamente grave y ni aun grave; sí lo ha sido comprobar el fracaso absoluto de lo que tan prometedoramente se inició, fracaso inequívocamente reflejado en las palabras con que el presidente del flamante organismo, el socialista Spaak, presentaba su dimisión en mes de diciembre de 1951.

Cuando publiqué mis primeras impresiones del Congreso de La Haya, no pude menos de recordar el cuentecillo, que cuenta Maurois, en el que los peces de un estanque que progresivamente va siendo desecado, viven, aman y riñen, ajenos a cuanto no sea la menudencia de sus diarios conflictos locales, ciegos a que cada día son más los que perecen y a que llegará un momento en que les falte absolutamente el agua que necesitan para vivir. A La Haya fué Churchill; Gladstone o Disraeli habrían desconocido La Haya. Pero ni Inglaterra acertó a refrenar el ímpetu con que los franceses proyectaron el reflector de su nombrada claridad intelectual sobre lo que menos tenía que ser iluminado — el tejado —, ni Churchill y los restantes empiristas acertaron a estorbar más que a medias a quienes se dedicaron a colocar en el camino de la unión unos previos condicionamientos muy discutibles. Ni el ambiente de La Haya varió en Estrasburgo ni Inglaterra ha dado un paso más en el camino que debió haber tomado. Y así, todo ha continuado como en la historia de Maurois. Ha sobrado academicismo; ha faltado sentido dramático de la política, y nuestros congresistas han seguido sin lanzar una sola mirada decidida a los bordes de su estanque; al achicamiento progresivo de su continente.

Veamos, ahora, qué les ha preocupado, mientras tanto.

JOSÉ M.^a GARCÍA ESCUDERO



DE LA QUINCENA RELIGIOSA

Comentario de Radio Vaticano sobre el supuesto fusilamiento del Arzobispo de Nicovolis. Discurso del Papa al Congreso Nacional Italiano de Deporte y Educación Física - El Episcopado norteamericano en contra de la secularización de la enseñanza en los Estados Unidos - «Los acusados obraron en defensa del propio Estado...» - También persiguen a los sacerdotes indígenas

COMENTARIO DE RADIO VATICANO SOBRE EL SUPUESTO FUSILAMIENTO DEL ARZOBISPO DE NICOVOLIS

Hasta este lado del telón de acero ha llegado la noticia, un tanto insegura, a lo que parece, de haber sido fusilado el arzobispo de Nicovolis, en cumplimiento de la sentencia dada en el famoso proceso de Sofía.

Radio Vaticano acepta en un comentario de su emisión del día 12 la posibilidad del hecho, pero añade, a propósito de la incertidumbre de que éste aparece rodeado, unas consideraciones acerca del hermetismo que guarda el régimen soviético respecto a esta clase de noticias. «¿Es posible, se pregunta la emisora vaticana, que después que esta noticia tan grave ha circulado por la Prensa internacional no se haya creído conveniente desmentirla por parte de los dirigentes políticos de Sofía? ¿O se quiere jugar con el espantapájaros del terrorismo?»

«Desgraciadamente, el hermetismo del otro lado del «telón de acero» sobre los hechos que, como éste, no afectan a la seguridad del Estado ni son secretos militares ha pasado a constituir un abominable sistema. Este caso no es el primero. Desde hace dos años, y hasta hace pocos días, no era posible saber qué suerte había corrido el delegado apostólico en Corea, caído en manos de los comunistas al comienzo de las hostilidades. Hace dos días aun, unos le daban por vivo, y otros por muerto, hasta que se supo la triste verdad: muerte.»

El comentario aludió entonces a los casos del cardenal Mindszenty y de monseñor Stepinac, y terminaba diciendo: «Este sistema en pleno siglo XX, después de tantas fingidas manifestaciones para colaborar en la paz, de buena voluntad en cuanto al intercambio con los demás pueblos y después de la declaración especial firmada en el seno de las Naciones Unidas, en lo que constituye un punto importante de la libertad de información, este sistema de hermetismo no justificado y practicado por países que se dicen en posesión de la verdadera civilización y que se ofrecen como guías de la futura humanidad, es terriblemente desconcertante.»

DISCURSO DEL PAPA AL CONGRESO NACIONAL ITALIANO DE DEPORTE Y EDUCACIÓN FÍSICA

El día 9 de noviembre Su Santidad el Papa pronunció un importante discurso sobre el deporte y la gimnasia desde el punto de vista religioso y moral, con ocasión de la

audiencia a los participantes en el Congreso Nacional Italiano de Educación Física.

El Papa sienta, como premisa general, de la que irá extrayendo preciosísimas consecuencias a lo largo de su discurso, lo que sigue:

«Aquí, como en otros casos, para proceder hacia claras y seguras conclusiones, debe ponerse como fundamento el principio siguiente: todo lo que sirve para la consecución de un fin determinado debe sacar su regla y su medida del mismo fin. Ahora bien, el deporte y la gimnasia tienen como fin próximo educar, desarrollar y fortificar el cuerpo desde el punto de vista estático y dinámico; como fin más remoto, la utilización, por parte del alma, del cuerpo, preparado así para el desarrollo de la vida interior y exterior de la persona; como fin incluso más elevado, el contribuir a su perfección; por último, como fin supremo del hombre en general y común a toda forma de actividad humana, acercar el hombre a Dios.»

El Papa trata separadamente de los tres puntos que cabe considerar en esta materia y que son: el alma, el cuerpo y la práctica del deporte. Sería tarea difícil, escoger los párrafos más significativos y repletos de enseñanza, en un discurso de tan denso y elocuente contenido. El lector podrá leer el texto íntegro en nuestra separata. Como simple avance de esa lectura ofrecemos el párrafo que sigue y con el que da comienzo Su Santidad a sus aclaraciones, sobre la necesaria sujeción del deporte al fin último de la persona.

«En realidad ¿de qué serviría el uso y desarrollo del cuerpo, de sus energías, de su belleza, si no estuviera al servicio de algo más noble y duradero como es el alma? El deporte que no esté al servicio del alma no será más que un vano agitarse de miembros, una ostentación de caduca hermosura, un efímero placer. En el gran discurso de Cafarnaúm, queriendo apartar a sus oyentes de sus bajos sentimientos materialistas y elevarlos a una concepción más espiritual, Jesucristo formuló un principio general: El espíritu es el que vivifica; la carne de nada aprovecha (Jo., 6, 64).»

EL EPISCOPADO NORTEAMERICANO EN CONTRA DE LA SECULARIZACIÓN DE LA ENSEÑANZA EN LOS ESTADOS UNIDOS

En una declaración hecha recientemente por medio de la Conferencia Nacional Católica, los prelados norteamericanos afirman que en su país se advierte una creciente tendencia a divorciar la religión de la

enseñanza pública, cosa que viene a hacerle el juego al Comunismo.

Los prelados califican semejante tendencia de «peligrosa secularización». Dicen: «El secularismo consiste en una forma de existencia basada en la premisa de que las creencias religiosas en un Dios o en la vida futura, deben ser excluidas o dejadas a un lado. La estrategia de quienes siguen ese camino consiste: primero, en secularizar completamente las escuelas públicas y luego en exigir un monopolio total de la educación.»

«Para contrarrestar esto, el Estado tiene no simplemente que tolerar la religión, sino honrarla y aceptarla como ayuda indispensable para completar la formación de los ciudadanos.»

«Sin religión —prosigue la declaración— la moral se convierte sencillamente, en una cuestión de gusto individual, de opinión pública o de voto de la mayoría.»

Añaden los prelados que resulta difícil comprender la actitud de los pocos que, mientras ocupan puestos de responsabilidad en asociaciones religiosas, casi siempre que se trata de cuestiones que implican el influjo de la religión en la educación y la vida pública, lanzan el peso de su influencia sobre el platillo de la secularización. Corroboran los prelados a este propósito: «En los días en que el comunismo se hacía pasar por una nueva y avanzada forma de democracia, algunas de estas personas elogiaban francamente todo cuanto procedía de los campos del ateísmo y de la tiranía. Ahora que no está ya de moda considerar al comunismo como otra cosa que no sea un enemigo declarado de nuestro país, mantienen una postura discreta y guardan silencio acerca de las virtudes del comunismo, pero siguen influyendo en pro de los movimientos totalitarios, como los representados por un sistema de control estatal de las escuelas y la separación total de la educación y la religión.»

La declaración termina diciendo que, en la misma medida en que el Estado ha excluido la religión, ha venido mostrando una tendencia clara a convertirse en instrumento de la tiranía. El Estado ateo se coloca a sí mismo en el puesto de Dios, sustituyendo con sus dictados arbitrarios los decretos de la sabiduría eterna.

«No somos enemigos de la educación estatal. Creemos, por el contrario, que el Estado tiene un interés no sólo legítimo sino insustituible en la preparación de sus ciudadanos, pero la enseñanza de los valores morales y espirituales, como simples convenciones sociales,

independientes de la religión, conduce la educación a un callejón sin salida.»

«LOS ACUSADOS OBRARON EN DEFENSA DEL PROPIO ESTADO...»

Por su ejemplaridad, transcribimos, sin comentarios, el siguiente suelto aparecido en un rotativo barcelonés del 26 de noviembre:

«Un tribunal de Düsseldorf ha absuelto a dos sacerdotes y tres seglares, denunciados por resistencia a la policía durante una manifestación contra la película «La Pecadora», censurada por el cardenal ar-

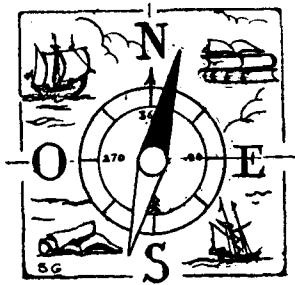
zobispo de Colonia y otras autoridades eclesiásticas. El tribunal ha reconocido que los acusados obraron así en defensa del propio Estado, contra los ataques que a él suponen los espectáculos inmorales. Y ha aceptado así el criterio de que quienes se oponen a la inmoralidad, cumplen funciones análogas a las de la policía, defensora del orden externo.»

TAMBIÉN PERSIGUEN A LOS SACERDOTES INDÍGENAS

Según una información de la Agencia Fides, ciento cinco sacer-

dotes católicos han sido asesinados por los comunistas o han muerto en prisión desde el año 1944. La información desmiente que los comunistas actúen solamente contra las misiones extranjeras, ya que muchos sacerdotes chinos tropiezan con más dificultades que los misioneros extranjeros. Estos, cuando son detenidos, pueden esperar alguna suavidad en el trato, precisamente por ser extranjeros y tienen alguna esperanza de que su cautiverio pueda terminar con la expulsión del territorio chino dominado por los comunistas.

HIMMANU-HEL



DE LA QUINCENA POLITICA

LEYENDO Y BRUJULEANDO

Cucharas y sartenes volantes. - La masonería tiene la palabra. - Vichinsky cierra el debate. - Weizmann y Jorge VI - Angustia y pesimismo en la ONU España y la UNESCO - UNA BOMBA CON «BUENA VOLUNTAD»

Del 8 al 12 de noviembre

CUCHARAS Y SARTENES VOLANTES

Los bolcheviques han celebrado en Moscú el XXXV aniversario de la Revolución roja en tierras de Rusia. El acto principal ha tenido lugar, como de costumbre, en el Gran Teatro de la capital soviética bajo la presidencia de Stalin. El discurso conmemorativo lo ha pronunciado el vice primer ministro, Pervoukhine, miembro del «Presidium», el cual, entre otras, ha hecho las siguientes afirmaciones:

«Día a día van en aumento las divergencias entre los Estados Unidos y Gran Bretaña, entre los Estados Unidos y Francia, y otros países del oeste europeo. Se agrava igualmente la lucha entre la Alemania occidental y Francia, a causa de su opuesto punto de vista sobre la comunidad europea y el conflicto del Sarre. Para desviar la atención de la opinión pública sobre la gravedad de la situación, la enorme máquina de propaganda de los imperialistas americanos provoca artificialmente una psicosis belicista. De ello resulta que los americanos han perdido la serenidad, y se dedican a observar el cielo en el que creen divisar toda clase de objetos curiosos, tales como platos, cucharas o sartenes volantes y bolas de fuego, llegando hasta suponer que se trata de aparatos volantes rusos y aun procedentes de otro planeta para observar lo que sucede en la tierra. Los imperialistas americanos especulan sobre todo con el renacimiento del imperialismo alemán y tratan de acentuar el fraccionamiento de Alemania para transformar este país en base militar americana.»

¿Qué hay de verdad en todo eso? ¿Qué trata de anunciar la broma de las «cucharas y sartenes volantes»?

Pese a la «máquina propagandista» de los imperialistas yankis, lo cierto es que el Presidente Truman ha sido uno de los primeros Jefes de Estado en enviar a Stalin un efusivo telegrama de felicitación por la iniciación y continuidad de la revolución bolchevique. ¿Despiste? ¿Contrasentido? A lo que parece, Truman no se acuerda siquiera de la expulsión del embajador Kennan.

LA MASONERÍA TIENE LA PALABRA

«Con la designación de Dodge y Lodge, Eisenhower inició ayer (10 de noviembre) el proceso para encargarse del Gobierno. Lodge —recuerda Assia— es el senador derrotado el día 4 después de que había trabajado más que nadie para conseguir en Chicago la designación de Eisenhower como candidato republicano.»

Por cierto, explica el propio corresponsal, «antes de anunciar su selección de Dodge y Lodge, el general interrumpió su descanso para celebrar una conferencia con elementos que representan todas las tendencias y alas del Partido Republicano, especialmente la derechista... Ello tiene bastante alarmado al «New York Times» y al resto de la Prensa neoyorquina.»

En otra crónica, Assia afirma que «una de las consecuencias más inmediatas entre las que pueden serle atribuidas al triunfo del general consistirá en librar a la Casa Blanca de las influencias ejercidas por una secta internacional extraordinariamente cara al presidente Truman.»

¿Qué opina sobre esta apreciación la masonería?

VICHINSKY CIERRA EL DEBATE

El debate en las Naciones Unidas sobre Corea ha quedado práctica-

mente terminado con estas palabras de Vichinsky:

«La delegación de los Estados Unidos ha hecho esto (pedir la repatriación voluntaria de los prisioneros) sabiendo que este principio es totalmente inaceptable y por lo tanto ha sido rechazado. Consiguientemente, toda insistencia en el mismo conducirá inevitablemente a un fracaso de las conversaciones de tregua y a una prolongación de la guerra.»

Sin embargo, los Estados Unidos insisten. ¿Por qué?

WEIZMANN Y JORGE VI

Ha muerto el presidente del Estado de Israel, Chaim Weizmann.

Discípulo de Ahad Aham, Weizmann fué durante muchos años uno de los grandes jefes del movimiento sionista. En el transcurso de la primera guerra mundial trabajó activamente en la Gran Bretaña para obtener la promesa de un «hogar nacional» para los judíos en Palestina, que fué sellada en la célebre declaración de lord Balfour. Después de la segunda guerra mundial estuvo en los Estados Unidos para vigilar la aprobación por las Naciones Unidas del plan de partición de Palestina; fué también uno de los caracterizados judíos que presionaron sobre Truman para conseguir el reconocimiento norteamericano de Israel a las pocas horas de su proclamación en Tel Aviv. En su viaje de vuelta de los Estados Unidos, al dirigirse a Palestina, evitó pasar por territorio británico. Evidentemente, en 1948 el sionismo no tenía necesidad alguna del «favor» de los dirigentes ingleses.

De Moscú han dicho que el diario «Izvestia» dedicó a la muerte de Weizmann catorce palabras más

ACTUALIDAD

que las que mereció el rey Jorge VI de Inglaterra... (1)

Del 13 al 17 de noviembre

ANGUSTIA Y PESIMISMO EN LA ONU

«De las siete Asambleas que ha celebrado la ONU —escribe José María Massip—, ésta es la quinta a la que me toca asistir como corresponsal de Prensa. No había visto en ninguna de ellas, la atmósfera de pesimismo y de confusa incertidumbre que encuentro en esta séptima sesión, dominada por la creciente angustia de una guerra que los rusos provocan y los aliados occidentales no saben como terminar.»

Pese a ello, la Delegación de la India, «después de detenidas conversaciones con el Gobierno de la China comunista, el comisariado soviético y las autoridades de Corea del Norte», ha presentado una tercera fórmula para solucionar el conflicto de la repatriación de los prisioneros de guerra de Corea, como si de nada sirvieran las advertencias hechas anteriormente por Vichinsky. ¿Quién engaña a quien?

Entre tanto, y como un aspecto más del negro cuadro que ofrece la ONU, Abraham Feller, secretario adjunto y primer experto de la Organización Internacional, se ha suicidado. Sobre este trágico suceso, Massip comenta: «La muerte de Feller en este momento de pasión política tendrá una fuerte repercusión en la opinión americana, muy sensible después de una campaña electoral en que la amenaza comunista y su filtración en la burocracia gubernamental han constituido uno de los grandes temas de la polémica. La vieja amistad de Feller con Alger Hiss y la generación intelectual izquierdista de los primeros años del régimen de Roosevelt, añadirán inquietud y sensación a este suicidio, que subraya, a los ojos de la opinión americana, la crisis de la ONU.»

ESPAÑA EN LA UNESCO

España ha sido admitida en la UNESCO. En Washington, Londres y París, la noticia ha sido recibida con gran satisfacción.

En Washington, el representante demócrata, Albert Thomas, ha di-

(1) Por cierto que en la revista judía *La Tena* *נאראונבס*, correspondiente al día 1.º de noviembre, leemos:

«Tres judíos: L. M. Kaganovich, L. Z. Mekhlis y D. J. Rajzer han sido elegidos miembros del Comité central del partido comunista en el reciente congreso de Moscú.

«Kaganovich es miembro de la comisión (presidida por Stalin) encargada de redactar el nuevo programa del partido.

«Mekhlis estaba encargado anteriormente de la dirección política del partido.

Rajzer es un experto en materia industrial.»

¿Qué significa la presencia de éstos y otros importantes elementos judíos cerca de Stalin? ¿Cómo se explica, en cambio, la actitud contraria al stalinismo que mantienen otros destacados judíos? ¿Existe una disparidad de criterio dentro del judaísmo por lo que respecta al enfoque del problema soviético?

DESPUES DEL TRIUNFO DEL GENERAL IBAÑEZ

Regocijo en Santiago

«Los chilenos saben regocijarse. Tienen, para la alegría, la vena castiza, puede que en proporción mayor a la de sus demás hermanos de América. Si valiese la audacísima imagen, diría que el alboroto de la verbena de Santiago se oye en Buenos Aires. No hay en esto irreverencia. El general Ibañez, la escoba, asume en estos momentos el poder en medio del mayor júbilo.»

Diario de Barcelona del 9 de noviembre de 1952, de su corresponsal en Buenos Aires.

Escándalo en Chile

«El presidente Ibañez ha recibido un espectacular homenaje de la masonería chilena, que ha causado un verdadero escándalo entre sus partidarios.

»Ibañez se trasladó al edificio de la gran logia, acompañado de significadas personalidades de la masonería chilena. El secretario de dicha logia ha hecho circular un comunicado en la Prensa en el que se dice que se ha tributado un homenaje al general Ibañez, «por ser miembro activo de la institución masónica».

Diario de Barcelona del 9 de noviembre de 1952, de la Agencia EFE.

¿Unidad americana?

«Periódicamente clama una voz en Hispanoamérica recordando la oportunidad perdida al no unirse más estrechamente sus naciones... En este momento sin embargo, parece revivir el viejo problema con más vigor que nunca y con probabilidades mayores de alcanzar si no todo el ambicioso fin, sí algún adelanto...»

»El triunfo del general Ibañez en Chile y la aproximación considerable entre argentinos, chilenos y bolivianos, hace pensar que por lo menos existe esa buena disposición. Interrogado el general Perón sobre si estimaba conveniente una completa unión económica y política de los países americanos, contestó: «No sólo lo creo, sino que lo auspicio y propugno...»

«A Estados Unidos se le ha despertado, en los últimos meses, un vivo interés por sus vecinos, antes tan desatendidos. Eisenhower debutó con una proclama de fe panamericana: «Soy un devoto de la idea del panamericanismo —manifestó—. Con toda seguridad debemos lograr la unidad del continente.»

Diario de Barcelona del 18 de noviembre de 1952, de su corresponsal en Buenos Aires.

«Hemos conseguido que España quede de nuestro lado para la defensa, en beneficio de nuestra protección, la de ella y la de Europa.»

En los círculos franceses, allegados al Gobierno, la entrada de España en la UNESCO se considera como un hecho que puede contribuir a mejorar las relaciones entre Francia y España.»

En Londres se insiste en la gran mayoría de votos que obtuvo la propuesta de admisión (2).

Del 18 al 22 de noviembre

UNA BOMBA CON «BUENA VOLUNTAD»

La Comisión de Energía Atómica ha hecho público un comunicado en el que dice que «la fuerza operativa número 132, operando para el Departamento de Defensa y la Comisión de Energía Atómica de los Estados Unidos, ha concluido el tercer ensayo de la serie de desarrollo de armas en el Atolón de Eniwetok, en las islas Marshall... Los dirigentes científicos de los ensayos —añade— han expresado su satisfacción por los resultados.»

Según todas las probabilidades, el comunicado hace referencia a la primera prueba de la bomba de hidrógeno, cuya explosión ha sido de enormes consecuencias, hasta el punto de haber quedado «fundida» una pequeña isla como resultado de la experiencia.

En el «Boletín del día» de «La Vanguardia Española», se nos comunica que «el tremendo progreso técnico representado por la nueva bomba, debe ser saludado con satisfacción. El legítimo temor de que un ingenio tan espantoso haya salido de la mente del hombre para convertirse en realidad, viene aliviado por el conocimiento de la buena voluntad de la gran potencia que lo ha logrado.»

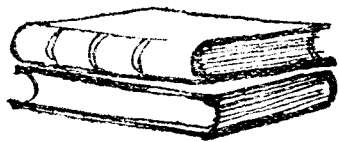
La consigna de que podemos descansar tranquilos continúa, por lo visto, en todo su vigor, pese a la nueva bomba. Sin embargo, en la propia página del diario nos enteramos de que «en ciertos círculos se dice que será probable que la Unión Soviética reúna información considerable sobre dicha bomba». Y el diario titula esta noticia con un alegre «¡Naturalmente!» capaz de hacer estremecer al más conspícuo lector del «Boletín del día».

¿En qué quedamos? ¿Podemos leer el «Boletín del día» con alivio y satisfacción?

SHEHAR YASHUB

(2) LA VANGUARDIA ESPAÑOLA del día 23 del pasado mes de agosto publicó la siguiente noticia procedente de Los Angeles: «El Consejo Supremo de los Caballeros de Colón ha adoptado una moción recomendando cuidadoso análisis de la actuación de la UNESCO. La resolución opone reparos especialmente a la actitud del citado organismo mundial en relación con el control de los nacimientos que — afirma — apoya como procedimiento realmente científico para resolver los problemas de población y de mejora de la condición humana.»

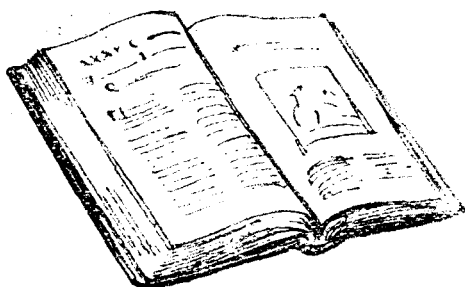
Lector de **CRISTIANDAD**



reune al finalizar el presente año

las dos colecciones de los

ejemplares de la revista



y la



colección de **Documentos de Pío XII**

Telefoneando al n.º 22 24 46 pasaremos a recogerlos a domicilio
Los suscriptores del resto de España
pueden escribir a la Administración de **CRISTIANDAD** Diputación, 302, 2.º, 1.º

BALLVE, S. A.

FABRICA DE HILADOS
Y TEJIDOS DE ALGODÓN

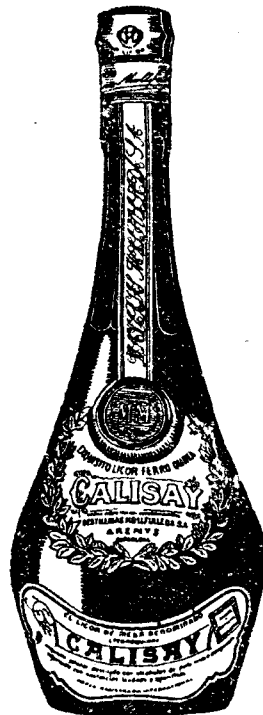
Bruch, 54

BARCELONA



*Visite las Cuevas
de Artá*

Gran Licor
CALISAY



Destilerías
Mollfuleda

S. A.



**El licor
de oro**

Industrias Gráficas
EL SIGLO XX
FRANCISCO CUSÓ

ROGER. 69 y 71

TELÉFONO 23 38 45

BARCELONA

Obras existentes en nuestra Administración que por su interés recomendamos:

Historia de las Sociedades Secretas - Vicente de la Fuente	60 ptas. (los 3 tomos)
La Inquisición - J. M. Orti Lara	15 » ejemplar
La vuelta a los altares - Luis Creus Vidal	25 » »
El liberalismo es pecado - Félix Sardá y Salvany	6 » »

Administración de CRISTIANDAD - Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Tel. 22 24 46 - BARCELONA